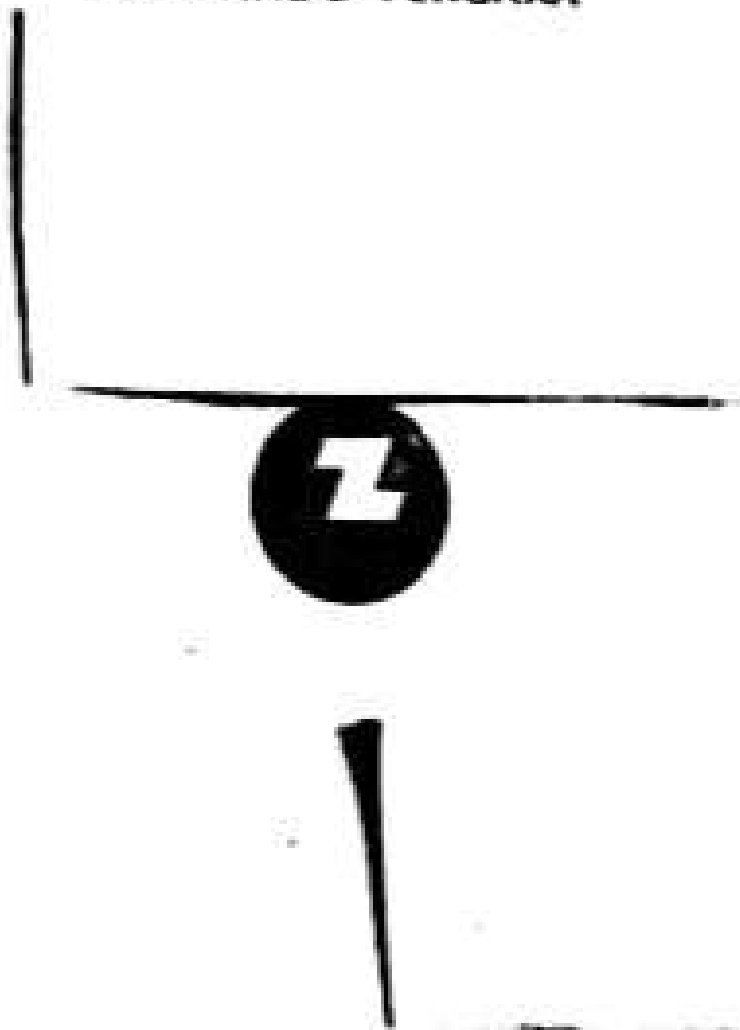


# LEYENDAS AMERICANAS DE LA TIERRA

RECOPILACIÓN DE  
DORYS ZEBALLOS

ILUSTRACIONES DE  
FERNANDO VERGARA



**Viento Joven**

**ISBN: 978-956-12-2933-4**

**6ª edición: julio de 2016.**

**Obras Escogidas**

**ISBN: 978-956-12-2016-4**

**7ª edición: julio de 2016.**

**Gerente Editorial: Alejandra Schmidt Uzcúa.**

**Editora: Camila Domínguez Ureta.**

**Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.**

**Diseñadora: Mirela Tomić Petric.**

**©2009 por Dorys Zeballos Silvera.**

**Inscripción N° 181.746. Santiago de Chile.**

**Derechos exclusivos de edición reservados por**

**Empresa Editora Zig-Zag S.A.**

**Editado por Empresa Editora Zig-Zag S.A.**

**Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.**

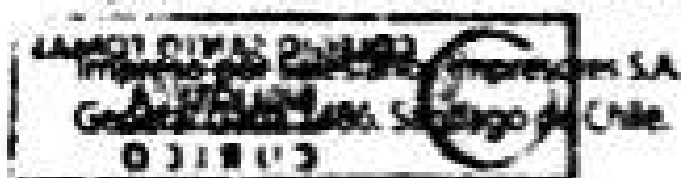
**Teléfono (56-2) 2810 7400. Fax (56-2) 2810 7455.**

**E-mail: [zigzag@zigzag.cl](mailto:zigzag@zigzag.cl) / [www.zigzag.cl](http://www.zigzag.cl)**

**[www.editorialzigzag.blogspot.com](http://www.editorialzigzag.blogspot.com)**

**Santiago de Chile.**

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.



# ÍNDICE

## ARGENTINA

Por qué el michay tiene flores rojas y amarillas (Mapuche)	9
Cómo Tupá hizo crecer el maíz (Guarani)	11
La lección del ombú	15

## BOLIVIA

Cómo la Virgen permitió que la gente preparara aloja	19
--	----

## BRASIL

El origen de la fruta (Amazonas)	25
La mandioca y el sacrificio de una hija	29
La samaumeira que oscurecía el mundo (Ticuna, Amazonas)	33
¿Por qué las mazorcas de maíz no son tan hermosas como antes? (Amazonas)	35
Las riquezas del pequi (Camaiurás del Alto Xingú)	37
El coco nacuma y la noche (Amazonas)	40
Denaqué y la estrella (Amazonas)	47

## COLOMBIA

El maíz y los chibchas (Chibcha)	53
----------------------------------	----

## CHILE

Una joven llamada Añañuca	57
Los copihues y las luminarias (Mapuche)	59
El calafate, arbusto del amor (Tehuelche)	60
El hua-huan herido por la envidia (Huilliche)	62
Cuando el árbol pehuén empezó a andar (Mapuche)	68

## ECUADOR

Nunkui, creadora de las plantas	77
---------------------------------	----

## **ESTADOS UNIDOS**

El nenúfar y la doncella de las estrellas 83

## **MÉXICO**

Cómo el chocolate pasó de los dioses a los hombres (Azteca) 91

Del corazón al nopal (Azteca) 93

La ofrenda del pulque (Azteca) 99

El maíz divino (Náhuatl) 101

Cómo los huicholes conocieron el maíz (Huichol) 102

El maíz y el Monte de Nuestro Suroeste (Náhuatl) 104

## **PARAGUAY**

Irupé y la luna (Guaraní) 109

El llanto de Isapí (Guaraní) 112

La yerba mate y la luna (Guaraní) 116

## **PERÚ**

Achiqueé y la papa (Inca) 123

La papa, fruto del amor (Quechua) 127

Cómo nacieron las rosas rojas (Inca) 130

Cuando Pachacamac creó los alimentos (Quechua) 135

## **URUGUAY**

El ceibo de la paz 139

## **VENEZUELA**

La cierva y el dictamo 145

**GLOSARIO** 151

# ARGENTINA

# POR QUÉ EL MICHAY TIENE FLORES ROJAS Y AMARILLAS

MAPUCHE

**A**ntiguamente el michay\* tenía flores blancas, hasta que ocurrió un acontecimiento que cambió su fisonomía.

Cuando los pieles blancas atravesaron el gran lago para dominar a los reche, a los verdaderos dueños de la tierra, Fūta Chao –el Señor y Rey del Cielo, de la Tierra y de los Hombres– mandó a su hijo muy querido para vigilar y poner a prueba a los blancos, y también para proteger a los mapuches de la ambición y la crueldad de aquéllos.

Cierta vez, el hijo de Fūta Chao pasaba por el bosque de collimamiüll –que ahora los huincas llaman arrayán– cuando de repente apareció a su lado una víbora caminando. Caminaba parada igual que los hombres, pues su creador –el ceñudo Huecufū– quería que se asemejara a ellos.

Como se le apareció de repente y sin ruido, el joven se asustó muchísimo; tanto, que enfureció. Tomó entonces una rama de michay que estaba cubierta de flores, pero también de espinas, y le pegó a la víbora diciendo:

–¡Toma y toma, por asustarme!

Así fue como las flores se tiñeron de rojo con la sangre de la víbora y de amarillo con su veneno, como se las ve hasta el día de hoy. Al mismo tiempo le aplastó la cabeza con su pie cubierto con tsumel, llamada Bota de Potro, porque está hecha con la piel de la pata de este animal. La cabeza quedó achatada, formando un triángulo para siempre.

La víbora odia desde entonces a los caballos y trata de morderlos en los cascos, porque cree que fueron ellos los que la atacaron. Como al mismo tiempo le quebraron el espinazo, no puede ya caminar parada y tiene que arrastrarse penosamente. Además, para mostrar su odio por el doloroso castigo, siempre levanta la cabeza triangular, mostrando al morder su lengua partida por el pisotón.

El arbusto michay tiene, por ello, las flores rojo-amari-llentas y sus frutitos son oscuros como la sangre coagulada. La serpiente se enrosca con agrado bajo el michay para sorprender y morder a la gente que busca la fruta. Aún hoy muestra en su piel los rastros de las espinas puntiagudas que la hicieron sangrar. Acaso trata de encontrar párpados para sus desnudos ojos y por eso su mirada siempre busca los zapatos causantes de su desdicha.

# CÓMO TUPÁ HIZO CRECER EL MAÍZ

## (GUARANÍ)

**T**odo el país de los guaraníes sufría una gran sequía. Los dos ríos que pasaban por la región ya casi no llevaban agua y los peces habían muerto. Ya no se extraía alimento. Ya no valía la pena arrojar atarrayas.

Los cazadores regresaban de la selva sin haber encontrado qué cazar. Los pantanos se habían secado y los pájaros se habían ido por falta de agua.

Era la primera vez que los guaraníes sufrían hambre. Le rogaban a Tupá que les mandara la lluvia, pero el cielo continuaba azul y el sol ardía y quemaba lo poco verde que todavía se podía encontrar en los rincones sombríos.

La tierra estaba endurecida y ahora se abría bajo las pisadas de los hombres que salían de la región en busca de comida. Pero en todas partes se veía la misma miseria.

Muchos murieron. "Tupá no ayudará", decían los que quedaban, desesperados. Entre éstos había dos guerreros solteros que caminaban delante de los demás.

A Avatí y Ñandé, que así se llamaban, les daba lástima el llanto de los niños, y estaban dispuestos a arriesgar sus vidas para salvarlos.

Un día, mientras ambos estaban discutiendo las necesidades de los suyos, aseguraron una vez más:

—Daríamos nuestra vida para aliviar el hambre de nuestros hermanos.

Apenas pronunciaron estas palabras, apareció ante ellos un hombre desconocido, que les dijo:

—Escuché sus palabras. Si hablaban en serio, Tupá los ayudará. Él me mandó a la Tierra a buscar a un hombre que esté dispuesto a dar su vida por los demás; de su cuerpo nacerá la planta que les dará de comer a todos. Crecerá en todas partes, si los hombres la cultivan cerca de sus pueblos, y sus frutos se podrán guardar para tiempos de sequía. Con esta planta divina ya no habrá miseria entre los guaraníes.

Al oír esto, ambos jóvenes se levantaron y dijeron:

—Moriremos si Tupá así lo ha dispuesto.

—No es necesario que mueran ambos —contestó el desconocido—. Uno debe quedar vivo y buscar un sitio junto al río, cerca del pueblo. Allí excavará la tierra y enterrará a su amigo. Del cuerpo de éste nacerá la planta de Tupá, que le dará vida eterna por haberse sacrificado por los demás.

Los amigos buscaron el lugar y se dieron la mano. Ambos deseaban salvar a su pueblo, pero Avatí fue el elegido por Tupá y le tocó la muerte. Nandé alistó la tierra, y llorando lo enterró. Todos los días iba a visitarlo y a regar la tierra con agua del río, y las palabras de Tupá se cumplieron. De la tierra salió un vástago que Nandé jamás había visto; la planta creció, floreció y dio abundantemente sus primeros frutos.

Entonces Nandé llamó a su gente, les mostró la planta y les contó lo que había sucedido. Cuando terminó su relato, apareció el hombre desconocido y exclamó:



-Nandé les dijo la verdad. Avatí vivirá para siempre, mientras ustedes siembren los granos secos de esta mata y cuiden los surcos. Tupá mandará la lluvia y nunca volverá a haber hambre entre los guaraníes.

Los hombres se inclinaron ante el mensajero de Tupá y luego empezaron a festejar el acontecimiento bailando, cantando y alabando a su creador. Desde entonces crece el maíz\* y los nutre a todos con sus frutos deliciosos, en los que Avatí está siempre presente.

# LA LECCIÓN DEL OMBÚ

(MAPUCHE)

**E**n una vasta llanura —la pampa— existía una hierba pequeña que se perdía entre millares de otras. Un día comenzó a crecer; su tallo se ensanchó y centenares de hierbas perecieron aplastadas por él. Luego, el tallo perdió su color verde y se volvió pardo. El viento esparció la noticia y sembró el terror en la pampa. La monotonía de la gran llanura se había roto con la aparición de este nuevo habitante.

Surgieron discusiones entre las hierbas; unas sostenían que era un vegetal, pero las que habitaban en los confines de la llanura argumentaban que era un animal.

La pequeña hierba crecía tan rápidamente, que sus raíces surgieron de la tierra como las patas de un monstruo, lo que no ayudó a clarificar la naturaleza de este extraño huésped.

Sobre la base de sus raíces se fueron levantando protuberancias y nudos y el tallo comenzó a dividirse.

Las hierbas que crecían a sus pies exclamaron:

—¡Es una hierba gigante!

Habían visto muchas clases de hierbas, pero una así, nunca.

Después temblaron, porque comprendieron que, si seguía ensanchándose, ellas morirían. Mientras brotaban nuevas raíces, se iba levantando la tierra, que se encrespaba como el

mar, desprendiendo terrones que se pulverizaban y arrojaban al aire las hierbas indefensas.

Al fin el monstruo dejó de ensancharse y solo crecía verticalmente, lo que parecía menos peligroso; floreció luego una copa esférica de follaje espeso y las hierbas exclamaron al unísono:

—¡Es un árbol! —y se tranquilizaron.

El follaje extendía su sombra sobre las hierbas que vivían a su alrededor y estas empezaron a apreciarle. Cuando llegó la primavera, el ombú comenzó a florecer; sus pequeñas flores blancas se agruparon en racimos y cuando llegó el verano los racimos se convirtieron en pequeñas bayas.

Un día el tero\* preguntó al ombú:

— ¿Para qué sirves?

— Para dar sombra.

El tero voló de rama en rama y descubrió que las hojas de las ramas bajas eran mucho más grandes que las de la cima y que los retoños brotaban sin que se cayeran las hojas. Entonces pensó que los ombúes son jóvenes y viejos al mismo tiempo. Cada día le descubría nuevas cualidades. Y recibió una lección: entendió que no bastan ojos para ver; hace falta tiempo. Y supo que —como tantas otras cosas— aquello a lo que tanto habían temido, ahora era beneficioso.

**BOLIVIA**

# CÓMO LA VIRGEN PERMITIÓ QUE LA GENTE PREPARARA ALOJA

(QUECHUA)

**E**n ese pueblo de América, el Sol calentaba todo el día. La sequía era tremenda, las quebradas ya no tenían agua y por las noches el viento soplaba fuertemente, secando hasta la última brizna de pasto. Los niños estaban enfermos de hambre y las madres reflejaban en sus caras demacradas la angustia que les producía pensar en la suerte que les esperaba a sus pobres hijos. Pronto sus barriguitas\* se inflarían y la muerte se los llevaría.

Muchas de las familias habían abandonado sus casas y sus sembrados para marcharse a otros lugares. El viento se llevaba los tejados de paja y las crujientes puertas abiertas de las casas.

En la pequeña iglesia de barro, ubicada entre las casas, el cura párroco estaba solo. Los quechuas ya no se acercaban a la iglesia: habían perdido la esperanza de que Dios los socorriera. Nadie acudía cuando el cura oficiaba la misa ni cuando le pedía a San Isidro que los aliviara de la sequía.

Un domingo, el cura tocó la campana para llamar a misa y nadie llegó. Todos se habían ido a las montañas a ofrecerles en sacrificio a los antiguos dioses sus últimos granos de maíz, el último sorbo de chicha\*, sus preciadas pieles de jaguar y

hasta sus ponchos. Pero no había señales de que los dioses fueran a compadecerse.

Tanto el cura como los quechuas sabían que Dios no enviaría las lluvias, pues habían gastado el maíz elaborando chicha y se la habían bebido sin dejar nada. El cura se sintió culpable por no haber pensado en el castigo que su conducta traería, pues él también había bebido con los hombres del pueblo. No volvió a salir de la iglesia. Pasaba el día entero pidiéndole a Dios que lo perdonara y que mandara la lluvia. También invocaba a la Virgen, diciéndole: "Ten compasión de nosotros y de los niños; ellos no bebieron chicha".

Una tarde, después de su petición, el cura se quedó dormido. En sueños se le apareció la Virgen y le dijo que los había perdonado y que les iba a mandar lluvia, pero que les prohibía que volvieran a usar el maíz para hacer chicha. Además, le dio al padre una ramita que él no conocía y le explicó que era la planta que mejor se daría en esas alturas.

—Siémbrela —le dijo—. Cuando crezca les dará frutos para que preparen bebidas. El maíz solo deben usarlo para alimentar a los hombres y a los animales.

Cuando el cura despertó, había una mata junto a él: era la algarroba\*. Con ella en sus manos salió del templo. Ya se oía en ese momento el ruido de las gotas de lluvia que caían sobre la tierra y los techos. La gente, reunida en la plaza, dejaba que la lluvia los mojara.

El cura les contó lo que recién había ocurrido. Entonces sembraron la mata, que con el tiempo creció y dio frutos grandes como habichuelas, que servían para hacer ricas bebidas.



Desde entonces los quechuas hicieron fiestas para recolectar la cosecha, y durante ellas bailaban al compás de flautas y tambores, vestían sus mejores pieles de jaguar para demostrar su valentía, y se ponían máscaras y plumas como adorno. Colocaban los frutos de la algarroba en grandes ollas de barro, y para la Navidad y el Año Nuevo preparaban con ellos aloja\*, bebida que tomaban en honor a la Virgen.

# BRASIL

# EL ORIGEN DE LA FRUTA

(AMAZONAS)

**A**ntiguamente, cuando aún era el principio del mundo, las personas éramos como los animales. Solo comíamos carubú\*, heno verde y matas tiernas.

Había ya entonces huertos donde se plantaban matas silvestres y de ellas se comían solo las hojas verdes. Fruta, mandioca\* o ninguna otra cosa que nosotros comamos hoy en día se conocía entonces.

De vez en cuando, el viento venía lleno de olor a fruta, y quienes lo olían querían comerla. Otros, como enloquecidos, corrían hacia el lugar de donde provenía el viento para ver si encontraban lo que lo hacía oloroso. Corrían a tontas y a locas, y cuando iban ya a llegar al lugar, el aroma se acababa.

No solo era la gente la que buscaba de dónde venía ese olor, sino también los animales lo hacían.

Cuenta la gente que en cierto lugar había un huerto nuevo, y que un bicho estaba comiendo en él. Preocupado, el dueño del huerto comenzó a vigilarlo. Un día, muy de mañana, vio un guabiru –que es una rata acuática– venir hacia el centro del huerto y comenzar allí a comer sus plantas. El hombre corrió y lo alcanzó. Cuando lo hubo atrapado, su nariz se llenó del exquisito olor a fruta. Miró

al animal y lo vio blanco y rozagante. El aroma entonces se hizo más fuerte y al hombre se le llenó de gozo el corazón.

–Guabiru –dijo–, si me cuentas dónde está el árbol en que comes, no te mato. Y entonces podrás volver a alimentarte cuanto quieras en mi huerto.

El guabiru respondió:

–Bueno. Vamos a la orilla del río. Allí está el gran árbol frutal en el que se hallan todas las buenas comidas.

Fueron y pronto vieron la orilla de la catarata del Uarakapuri. El guabiru preguntó:

–¿Ves aquel gran árbol? En él hay solo buena comida; únicamente Acutipuru\* es quien la está comiendo en lugar de nosotros. Mira esas cáscaras que hay en el suelo: en ellas quedan trocitos de comida. Yo los busco y de ellos como.

El guabiru dio vuelta una de aquellas cáscaras, encontró una porción de mandioca, la dio al hombre y le dijo:

–Huele y después come para que veas cómo Acutipuru está comiendo nuestra buena comida.

El hombre corrió entonces a su casa llevando una cáscara de mandioca con un poco de fruto.

–¡Miren! ¡Miren! –les mostró a los demás–. ¡El árbol está muy cerca! Vamos a derribarlo para obtener su semilla; si no, Acutipuru se lo va a comer entero.

En aquel momento todos se juntaron para derribar el árbol.

Pero la planta tenía un dueño: Uansken. Éste oyó primero que venía una cantidad de gente hacia el tronco del árbol, y después escuchó el estruendo del hacha. En ese momento dijo para sí:

-¿Quién habrá sido el loco que ya mostró el árbol de las frutas? ¿Aún no ha madurado completamente!

La gente trabajó durante el día y al atardecer regresó a casa. Entonces Uansken fue hasta el pie del árbol, donde encontró la corteza de mandioca. En ella se notaba la huella del diente de Acutipuru, e inmediatamente dijo:

-¿Entonces eres tú quien no me respeta! Tú pasas la noche encima del árbol, pero has de amanecer bajo él.

Uansken puso inmediatamente la flecha en la cerbatana y buscó al Acutipuru en la cima del árbol. Como había luna, lo descubrió rápidamente y disparó la flecha por entre las hojas. Acutipuru cayó y la piedra en donde se posó su cuerpo quedó marcada por su figura.

Después dijo Uansken:

-Tú, gran loco, echaste a perder las frutas de todos. Tu especie y esa gente tendrán hambre un día. Entonces se darán cuenta de que se condenaron por sus propias manos.

A la madrugada, la gente estaba ya junto al tronco de aquel gran árbol.

Pasó una luna de este modo. Después de contar una mano de lunas, hicieron caer el árbol.

Los bordes de las frutas, muchas de ellas aún verdes, fueron a chocar en el centro de la sierra de Curupira y todos se apresuraron a sacarlas. Encontraron mandioca, cará, batata, abiu y cucura. Los pájaros habían sacado bacaba, asshi, miriti, inajá, pataú y caraná. Los animales obtuvieron uixi y cumaru.

Fue así cómo Acutipuru incitó a que la gente extrajera las frutas. Si así no hubiese sido, habríamos tenido siempre

fruta muy dulce, porque aún faltaba tiempo: las frutas tenían todavía que madurar; entonces Uansken las haría aparecer y hoy no sufriríamos labrando el huerto y esperando que ellas crezcan y alcancen su punto ideal para comerlas.

# LA MANDIOCA\* Y EL SACRIFICIO DE UNA HIJA

**H**abía una vez una india llamada Atioló. Cuando el suelo se cubrió de las frutas de murici\*, Atioló se casó con Zatiamaré.

Las frutas desaparecieron y las aguas del río subieron y pudrieron el suelo. Después, el sol quemó la tierra y un vientecillo húmedo bajó de lo alto de la sierra. Cuando los murici comenzaron nuevamente a caer en una lluvia amarilla, Atioló se sintió contenta. Estaba embarazada y quería una niña.

Zatiamaré, por el contrario, vivía rezongando:

—Quiero un hijo para que crezca igual que su padre. Para que fleche capibaras\* igual que su padre. Para que se pinte la cara de urucu\*, igual que su padre.

Pero nació una niña. Zatiamaré estaba tan furioso, que pasó muchas lunas sin mirar la cara de la recién nacida. Ni siquiera le puso un nombre. La madre la llamó Mani.

El único regalo que Zatiamaré hizo a la niña fue una iguana de rabo amarillo. Pero no hablaba con ella. Si Mani preguntaba algo, él respondía con un silbido.

—¿Por qué no hablas con tu hija? —preguntaba muy triste Atioló.

—Porque yo no pedí esta hija —respondía él—. Para mí es como si fuese de viento.

Hasta que Atioló quedó embarazada otra vez.

—Si esta vez no es un varón igual a su padre —juraba Zatiamaré—, la abandonaré en la copa de un árbol. Y ni con silbidos voy a hablar con ella.

Pero nació un niño: Tarumá.

Con él conversaba el padre. Lo cargaba en su espalda para atravesar el río, lo sentaba en sus rodillas para contarle historias.

Mani se hundió entonces en la tristeza y le hizo a la madre una extraña petición: que la enterrara viva. Así su padre estaría contento y tal vez de esta manera ella serviría para algo.

Este deseo de Mani hizo llorar durante muchos días a Atioló. Pero tanto le rogó su hija para que lo cumpliera, que al fin accedió. Hizo un hueco en lo alto del cerro y la enterró.

—Si necesito algo —dijo Mani— tú lo sabrás.

Atioló regresó a casa. Esa noche soñó que su hija sentía mucho calor. Temprano en la mañana fue al cerro y la desenterró.

—¿Dónde quieres quedar ahora? —preguntó.

—Donde haya más agua —pidió Mani—. Llévame a la orilla del río. Si allí no estoy bien, tú lo sabrás.

Esa noche, Atioló no soñó nada. Pensó que su hija estaba contenta en el nuevo lugar. Por la tarde, sin embargo, cuando se bañaba en el río recibió un mensaje. Flotando en el agua llegó la voz de Mani:

—Sácame de la orilla del río. El frío no me deja dormir.

Atioló obedeció. Llevó a su hija lejos, al medio del monte.



–Cuando pienses en mí –dijo la niña– ya no recuerdes mi rostro, es la hora de venir a visitarme. Solo entonces ven.

Pasó mucho tiempo. Un día, Atioló sintió nostalgia de su hija, pero no pudo recordar su rostro. Entonces fue al monte y en lugar de Mani encontró una planta alta y muy verde.

–Una planta tan alta no puede ser mi hija –murmuró.

En ese mismo instante la planta se dividió. Una parte se fue arrastrando, arrastrando y se transformó en raíz. Atioló pensó que podía llevar esa raíz a casa.

Su querida hija se había transformado en la mandioca que desde ese momento alimentaría a las gentes de su pueblo.

# LA SAMAUMEIRA\* QUE OSCURECÍA EL MUNDO

(TICUNA, AMAZONAS)

Los árboles existen desde hace muchos años en el mundo; desde mucho antes de la existencia del pueblo Ticuna.

En el principio del mundo estaba todo oscuro, siempre era de noche y siempre hacía frío. Una enorme samaumeira ocultaba todo el cielo y por eso no podía penetrar luz alguna en la tierra. Los hermanos Yo'i e Ipi estaban preocupados y querían hacer algo para ver la luz.

Tomaron un carozo de araratucupi\* y lo lanzaron al árbol para ver si existía luz del otro lado. A través de un hoyito que lograron hacer, avistaron a un preguiza-real\* que amarraba, allá en el cielo, los gajos de la samaumeira.

Lanzaron tantos y tantos carozos, que abrieron muchos agujeros y de ese modo crearon las estrellas. Pero todavía no había claridad.

Yo'i e Ipi se quedaron pensando qué más hacer y decidieron invitar a todos los animales de la selva a ayudarlos a derribar el inmenso árbol. Pero ninguno de ellos lo consiguió, ni siquiera el pájaro carpintero.

Resolvieron, entonces, ofrecer en matrimonio a su hermana Aicüna a aquél que lanzase hormigas de fuego en los ojos del preguiza-real. Un quatipuru\* lo intentó, pero

se volvió a medio camino; y fue, finalmente, el pequeño quatipuru Taine el que logró subir. Le lanzó a los ojos las hormigas de fuego y la preguiza soltó el cielo. Entonces, la samaumeira cayó hacia la tierra y la luz apareció y se derramó sobre el mundo.

Taine, el pequeño quatipuru, se casó con Aicūna.

Pero después que la samaumeira hubo caído, quedó todavía parte del tronco y de él comenzaron a brotar hojas. Yo'i e Ipi se preocuparon: el árbol volvería a crecer y podría nuevamente tapar el cielo.

Decidieron colocar sobre el tronco de la samaumeira una jabuti, la enorme tortuga de tierra, para que se comiese las hojas. Pero esta no daba abasto, pues las hojas crecían sin parar. Entonces los hermanos se acercaron al árbol y pudieron escuchar su corazón: ¡toc, toc, toc! Todavía estaba vivo. Ipi intentó arrancarlo con el hacha, pero el corazón saltó muy lejos. Una mariposa lo agarró, después lo hizo calango, el lagarto, y por último, fue a parar a una cutia, el veloz roedor. La cutia salió corriendo y plantó el carozo del corazón.

Yo'i, que lo había seguido, buscó y buscó el carozo hasta encontrarlo. Lo tomó y se lo llevó para enterrarlo en su terreno.

Después de un tiempo, del corazón de la samaumeira surgió un árbol de umari". El árbol dio hojas, flores y frutos. Cuando caían en la tierra las pequeñas hojas se transformaban en sapos pequeños. Las hojas grandes se convertían en sapos enormes. Las frutas también comenzaron a caer y la última de ellas se transformó en una muchacha muy bonita: Tetchi arū Ngu'i, que quiere decir "la última fruta del umari".

# ¿POR QUÉ LAS MAZORCAS DE MAÍZ NO SON TAN HERMOSAS COMO ANTES?

(AMAZONAS)

**A**ntiguamente los campos de maíz constituían el privilegio de un espíritu llamado Burekoibo. El maíz era de un tamaño y esplendor, tales que una sola mazorca bastaba para alimentar a una familia entera, porque Burekoibo tenía la amabilidad de dejar recogerlas a los hombres. Uno de los cuatro hijos del espíritu, Bopé-Joku, se encargaba del cultivo y se mostraba tan orgulloso de los resultados, que siempre que las mujeres venían a recogerlo silbaba de satisfacción.

Pero un día una mujer se hirió al arrancar una mazorca y, en su dolor, injurió a Bopé-Joku, haciéndolo responsable de su distracción por sus silbidos. Esta injusticia dejó mudo de indignación a Burekoibo e, inmediatamente, el maíz se secó de raíz y se pudrieron todos los granos.

Desde entonces los humanos debieron trabajar para sembrar el cereal, que había perdido su esplendor original. Hambrientos, imploraron al espíritu, y éste, enternecido, prometió proteger las cosechas con la condición de que en el momento de sembrar se elevaran plegarias acompañadas de silbidos. Luego ordenó a su hijo que visitara las plantaciones y que interrogara a los indios sobre su trabajo. El que respondiera con impaciencia solo recogería lo que se merecía; es decir, poca cosa.

Bopé-Joku visitó los campos uno tras otro y preguntó a la gente qué hacían. Le respondían amablemente: "Como ves, preparo mi campo". Y el joven espíritu extendía sobre ellos su manto protector. Pero en el último encuentro, el hombre interrogado montó en cólera:

-Déjame en paz. No tengo tiempo que perder. Estoy trabajando -le dijo.

Bopé-Joku se apenó tanto, que todas las cosechas, sin excepción, se perdieron.

Por ello los indios, todos los años, se apresuran a implorar a Burekoibo, esperando que a fuerza de sus ruegos las mazorcas vuelvan a ser tan grandes como un racimo de plátanos. Por ello, además, no recogen la cosecha sin haberle ofrecido las primicias.

# LAS RIQUEZAS DEL PEQUI\*

(CAMAIURÁS DEL ALTO XINGU)

**H**ace mucho tiempo, Vaitsaué, lleno de celos, decidió matar a Nateicá, el yacaré que enamoraba a sus mujeres. Éstas lo lloraban y no querían volver a la aldea. Cerca de la roca donde yacía el cuerpo del yacaré hicieron una gran fogata y pusieron sobre ella el cadáver. Este ardió durante mucho tiempo hasta quedar reducido a cenizas.

Como las mujeres no querían abandonar el lugar, los servidores de Vaitsaué construyeron una casa para ellas, al lado de las cenizas de Nateicá. Llegaron las lluvias, mojaron las cenizas y una planta comenzó a brotar. Las mujeres fueron a verla, pero no la conocían. Al día siguiente se encaminaron nuevamente al lugar del fuego y vieron que otras dos plantas desconocidas habían surgido de las cenizas de Nateicá.

Pasado algún tiempo, el Sol y la Luna aparecieron en la aldea de las mujeres para hacerles una visita. Entonces éstas los llevaron hasta el sitio de las plantas desconocidas. Se las iban mostrando, preguntándoles qué eran; el Sol y la Luna respondían.

-¿Cuál es esta?

-Pimienta.

-¿Y ésta?

-Calabaza.

-¿Y esta de aquí?

-Pequi. De aquí a algún tiempo, cuando esta planta crezca, va a dar flores. Cuando caigan las flores, dará mucha fruta -explicó la Luna.

Y así fue. El pequi creció, dio flores y después se cargó de frutos. Antes de que los frutos madurasen, el Sol y la Luna volvieron a la aldea y dijeron a las mujeres que regresarían cuando los frutos del pequi\* comenzasen a caer de maduros.

Las mujeres quedaron esperando su retorno para que les enseñaran más cosas sobre el pequi.

Pasado algún tiempo, el Sol y la Luna volvieron cuando el pequi comenzaba a caer. El Sol preguntó a las mujeres si ya habían probado las frutas. Como dijeron que todavía no lo habían hecho, el Sol se acercó al árbol, tomó una fruta del suelo, la abrió, tiró el carozo y la olió, pero la fruta no tenía ningún aroma.

-Este pequi no tiene olor y así no es agradable; vamos a volverlo fragante.

Luego la Luna mandó que juntasen bastante pequi para hacer puré. El Sol les recomendó que no comiesen los frutos todavía, porque les provocaría muchos dolores. Pero él solo las estaba asustando para que ellas no dejaran de hacer la tarea encomendada por la Luna.

Mientras ellas trabajaban abriendo las frutas y cocinando sus carozos, el Sol y la Luna tocaban el berimbau\* y gritaban de alegría dentro de la casa de los hombres.

Todos estaban esperando el pequi que las mujeres preparaban. Cuando el puré de pequi estuvo listo, ellas llenaron

vasijas con él y las entregaron al Sol, junto con tortillas de mandioca, para que él las repartiese entre todas las personas. Antes de que tomaran el alimento, el Sol entonó un canto para que el pequi no les provocara enfermedad.

Una vez que terminaron de degustar el pequi, el Sol les explicó que era preciso hacerlo siempre de esta manera para que no les provocase dolores.

El Sol y la Luna se quedaron muchos días más en la aldea de las mujeres. El pequi caía cada día más. El Sol mandó a las mujeres que juntaran todas las frutas del suelo para hacer una gran masa, que luego debían guardar en el agua. Ellas hicieron lo que él mandó. La masa del pequi fue puesta en grandes cestos dentro del agua.

Algunos días después el Sol mandó que lo probasen. Hicieron el puré y todos gustaron de él. Los pequis no paraban de caer del árbol y las mujeres seguían haciendo puré y almacenándolo en el agua, dentro de los cestos. El Sol les enseñó también a hacer refresco de pequi, que fue por todos muy celebrado.

El Sol dijo entonces a las mujeres que iba a tocar el berimbau para hacer un gran festejo al pequi. En la tarde, él y la Luna entraron en todas las casas tocando berimbau y todos –mujeres, hombres y niños– festejaron el pequi, tal como lo siguen haciendo hasta hoy.

# EL COCO TUCUMA\* Y LA NOCHE

(AMAZONAS)

Hace mucho tiempo, la noche no existía sobre la Tierra: ella permanecía dormida en el reino de la Cobra Grande. Nadie sabía por qué la noche ya no era parte del reino de los vivos. El único que la había visto en un sueño era el sacerdote, cuando había llamado al alma de los muertos.

Los animales tampoco existían, pues aún no habían sido creados, y todos los objetos hablaban como las personas. Los juguetes conversaban como si fuesen niños y las armas, como guerreros.

Un día, cuando la hija de la Cobra Grande —que reinaba en el oscuro Río Grande— se casó con Tacunha, el hijo mayor del cacique se la selva abandonó su reino y se fue a vivir a la selva.

Tacunha tenía tres fieles servidores que lo acompañaban a todas partes. El día del casamiento les pidió que lo dejaran a solas con su novia. Cuando ellos se fueron a cazar, Tacunha llamó a su mujer y le dijo:

—Ven a dormir a mi lado.

—Ahora no; no es posible —respondió ella—. Todavía no ha llegado la noche.

El joven se sorprendió de la respuesta y exclamó:

—¡La noche! ¿Qué es eso? Tú hablas de algo que no existe...

—Sí existe —respondió ella—. Mi madre mantiene a la noche prisionera en el fondo del oscuro Río Grande, donde me encontraste. Si tú quieres puedes pedir a tus servidores que vayan a buscarla. Pero por ningún motivo ellos pueden saber lo que están transportando. Si desobedecen, quedarán hechizados para siempre.

El joven llamó en seguida a los servidores y les dijo:

—Quiero que ustedes tres partan hacia el reino de la Cobra Grande. Díganle que su hija mandó a pedir el coco de tucuma que ella ha guardado cuidadosamente desde el comienzo de los tiempos.

Al oír el nombre de la Cobra Grande, los tres comenzaron a temblar. Jamás nadie había osado ir hasta el fondo de las oscuras aguas que cortan el infierno verde. Aunque estaban aterrorizados, partieron sin tardar. Todos los ruidos de la selva los sobresaltaban. Era tanta la humedad, que sus cabellos se pegaban a sus cabezas, les faltaba el aire y apenas podían respirar. De vez en cuando miraban hacia arriba, en dirección a las copas de los árboles, intentando ver un pedacito de cielo: quizá la claridad los calmara un poco. Luego continuaban caminando por el corazón de aquella enmarañada selva, donde estaban obligados a caminar juntos para no perderse.

Cuando finalmente llegaron al reino de la Cobra Grande, ésta les dio con inmenso cuidado un gran coco de tucuma y, con su voz ronca y atemorizante, que hacía silbar cada letra, les dijo:

—Aquí está, pueden llevárselo; pero presten mucha atención y tengan cuidado. Sobre todo, no dejen que el coco

se abra en el camino, pues entonces en el mismo instante perderán la vida.

Muy intrigados con las recomendaciones de la Cobra Grande, los tres servidores partieron hacia la selva. ¿Qué podría haber dentro de aquel coco? Temían que estuviese encerrado un espíritu como aquellos que aparecen en una encrucijada para castigar a las personas. Quizás fuese un espíritu bueno como los que vienen a ayudar a quien está enfermo o hambriento... ¿Qué sería? ¿Cómo podrían saberlo?... Solamente abriendo el coco, pero la Cobra Grande lo había prohibido.

Prosiguieron remando sin decir una palabra, pero su curiosidad comenzó a aumentar al escuchar un sonido extraño: dentro del coco había algo que parecía cantar:

-Ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi...

En sus recuerdos se agitaban todas las historias que el sacerdote solía contar.

-Ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi...

Llevaban ya un buen rato remando cuando uno de los servidores les dijo a los otros dos:

-No aguanto más; tengo que saber qué hay dentro del coco de tucuma. Vamos a abrirlo. No tenemos que contarle a nadie que lo hicimos. Solo voy a hacer un hoyito para introducir una pajita y así ver lo que hay ahí dentro. La Cobra Grande nunca va a saberlo.

-¡No, no! -protestaron al mismo tiempo los otros dos servidores de Tacunha-. La Cobra Grande lo prohibió. Dijo que perderíamos la vida en el mismo instante.



Aún les parecía oír la voz ronca y amenazadora de la Cobra Grande resoplando en sus cabezas. Entre las ramas de los árboles que se apretaban sobre la orilla del río, sentían que millares de ojos los espiaban. Un brillo extraño los seguía desde el fondo del oscuro río desde que habían dejado el reino de la Cobra Grande.

Sin hablar más, siguieron remando.

–Ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi... –susurraba el coco en el silencio de la canoa.

–Ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi...

¿Qué sería lo que había dentro del coco de rucuma? ¿Qué podría ser? El extraño ruido los atraía cada vez más. La curiosidad comenzó a ser mayor que el miedo y hasta los dos servidores que habían rechazado la idea de abrir el coco ya no estaban tan seguros. Quizás estaban llevando un tesoro y podía ser que la Cobra Grande los hubiese asustado para que ellos no lo robasen. O tal vez se tratara de un genio benigno que hacía milagros y podía transformarlos en señores de una aldea. ¡Hasta el propio sacerdote tendría que obedecerles, si esta nueva magia fuese más poderosa que la suya! La tentación era grande y la curiosidad aún más. Pero ninguno de los tres servidores se atrevía a golpear el coco y abrirlo.

Decidieron detenerse para descansar y comer algo. Avivaron el fuego que siempre llevan en la canoa cuando viajan por las innumerables vías de agua que atraviesan el mundo en todos los sentidos. Sin embargo, no lograban retirar sus ojos de aquel coco que cantaba sin parar:

—Ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi, ten-ten-ten-chi...—

De pronto, el más joven de los servidores no pudo resistir más la tentación. En un impulso golpeó el coco y lo aproximó al fuego. Poco a poco la resina que lo envolvía se fue derritiendo. Un olor agrio se propagó y se iba haciendo cada vez más insoportable. Súbitamente un chorro de resina los alcanzó y les quemó los brazos. Después todo se oscureció. Los árboles que bordeaban las aguas desaparecieron, como si una inmensa nube negra hubiese caído sobre la tierra, devorando todo. La nube, ¿habría salido del coco?

Sobre las brasas todavía calientes —la única luz en este nuevo mundo de tinieblas— estaba el coco de tucuma, vacío. Durante un largo rato, los tres servidores permanecieron inmóviles y callados. Se miraban unos a otros como si quisieran ver si todavía estaban vivos. No se animaban a moverse por miedo de apagar aquel fuego que parecía mantenerlos en el mundo de los vivos. Al fin, el más viejo rompió el silencio:

—¡Estamos perdidos! —dijo—. La hija de la Cobra Grande ya debe saber que la desobedecemos y abrimos el coco de tucuma y va a hechizarnos. No nos queda mucho tiempo de vida. Vamos de prisa a la aldea a suplicar perdón.

En efecto, en la aldea la hija de la Cobra Grande decía a su marido:

—Tus servidores abrieron el coco mágico y dejaron escapar la noche. Vámonos a dormir y a esperar que la mañana llegue.

Mientras dormían, todo lo que había en la selva comenzó a metamorfosearse: las piedras se volvieron peces y patos; un

cesto que una joven tejiera en la víspera se transformó en jaguar; las piedras que no se volvieron patos se transformaron en inanimadas. Los indios no podían comprender qué sucedía: su mundo cotidiano dejaba de ser el mismo. Ahora la selva estaba llena de ruidos y sonidos que no conocían. Solo la hija de la Cobra Grande no estaba preocupada: este mundo era igual al suyo.

Cuando vio brillar el lucero del alba, dijo a su marido:

—Mira aquella luz maravillosa en medio de la noche: ella es la que anuncia la llegada de la aurora y separa el día de la noche.

Así había llegado la noche al mundo de los humanos. Pero con ella, también llegó la clara mañana que todos los días dejaba atrás la zona de las tinieblas.

# DENAQUÉ Y LA ESTRELLA

(AMAZONAS)

**A**ntiguamente los carajás no sabían cultivar las plantas. Apenas vivían de la caza y de la pesca. No sabían limpiar un terreno ni plantar maíz, mandioca o piña, y cuando llegaba el tiempo de las lluvias había días en que no tenían nada para comer.

En una aldea carajá vivían dos hermanas: la mayor Imaeró y Denaqué, la más joven. Una noche, mientras escuchaban las leyendas que les contaba su padre, ambas miraban al cielo. De pronto Imaeró sintió algo extraño: no lograba despegar sus ojos de una estrella. Su corazón latía con fuerza y se sentía paralizada.

—¿Qué brilla allí? —preguntó a su padre—. La quiero para mí...

El padre rió.

—Es Tainaca, la estrella grande. Pero está muy lejos de aquí y no puede pertenecer a nadie. Solo si tú la deseas mucho puede oír tu llamado. Si ella quiere vivir contigo, tal vez tu deseo se cumpla.

Cuando la muchacha se fue a dormir, solo pensaba en Tainaca.

A medianoche escuchó que alguien entraba. Muy asustada, preguntó:

-¿Quién está ahí?

-Tainaca -respondió una voz.

Loca de alegría, Imacró se precipitó hacia la luz que brillaba en la oscuridad. Pero quedó espantada al ver que la estrella que brillaba tanto en el cielo era un viejo de cabellos blancos como el algodón. Entonces, llena de furia le gritó:

-¡Vete! No me gustas. No puedo vivir contigo: ¡eres demasiado viejo y demasiado feo!

Tainaca se volvió y comenzó a llorar silenciosamente. Al ver esto, Imacró sintió mucha pena. Corrió junto a él, y tocándolo le dijo:

-Lo acepto. Quiero que seas mi marido.

El viejo se sintió feliz y al día siguiente celebraron el casamiento.

Al otro día, el viejo dijo a la muchacha:

-Ahora necesito ir a la selva para limpiar un terreno y plantar muchas cosas buenas, plantas que los carajás nunca han visto. Pero tengo que ir solo.

Fue hasta el río. Dijo algunas palabras mágicas y entró en el agua hasta la altura de sus rodillas. Después se inclinó sobre las aguas que corrían y de vez en cuando introducía sus manos en el agua y las sacaba llena de semillas de maíz, de mandioca y de todas las otras plantas que hoy los carajás conocen y cultivan. Luego volvió a la selva y comenzó a labrar un terreno.

Denaqué, entretanto, estaba preocupada, porque Tainaca se demoraba demasiado. Era muy viejo y débil para un trabajo duro. Tal vez le había sucedido una desgracia, tal

vez estaba lastimado... No pudiendo permanecer allí con tanta angustia, resolvió desobedecer e ir a su encuentro, pues ya estaba anocheciendo. Cuando llegó al claro de la selva que su marido acababa de limpiar, miró hacia todos lados, pero no lo vio. Cada vez más preocupada, seguía buscando con la mirada a su marido cuando vio a un muchacho que esparcía cenizas todavía calientes sobre la tierra.

-¿No has visto a un anciano pasar por aquí? -preguntó. Es mi marido y estoy preocupada, porque se ha demorado mucho en volver a la aldea. Tengo miedo de que le haya pasado algo...

-Yo soy Tainaca -respondió el joven. -Y no soy viejo; usé aquella apariencia para poner a prueba los sentimientos de la muchacha que tanto me deseaba y quería estar conmigo. Ahora pienso que lo he hecho muy bien. Me sentí feliz cuando me aceptaste como marido, sabiendo que era un viejo. Para recompensar tu generosidad, estoy regalando todos estos cultivos a tu pueblo. Y ahora volvamos a la aldea a contar nuestra historia.

**COLOMBIA**

# EL MAÍZ Y LOS CHIBCHAS

(CHIBCHA)

**H**ace mucho tiempo, los chibchas padecían una gran miseria. Piracá, preocupado por su familia, pensó en cambiar las últimas mantas de algodón por oro y hacer con él algunas figuras de los dioses para luego venderlas. Consultó con su mujer, y a la mañana siguiente Piracá fue al mercado, donde hizo el trueque. Se encaminó de regreso con sus pepitas de oro, pero tropezó y cayó en un agujero que había en el camino. Entonces, un ave negra bajó en picada y le arrebató la bolsa con las pepitas, que fueron cayendo mientras el ave huía. Rápidamente Piracá se puso a recogerlas, cuando en esto apareció el dios Bochica, quien le dijo que esperara y que, en lugar de llevárselas, las enterrara.

Al principio Piracá no quería hacerlo, pero Bochica le pidió paciencia. Le dijo que cuando regresara al mismo lugar, quince días más tarde, se encontraría con una sorpresa. Bochica desapareció del mismo modo en que había aparecido.

A los quince días, en el lugar en que Bochica lo hizo enterrar las pepitas de oro, Piracá encontró abundantes y hermosas plantas. De ellas colgaban gruesas mazorcas con granos del color del oro. Era el maíz. Desde ese momento, la familia de Piracá y otras muchas familias cultivaron el maíz. El hambre desapareció para siempre de la comunidad chibcha.

# CHILE

# UNA JOVEN LLAMADA AÑAÑUCA

**E**n el tosco desierto del norte chileno, prácticamente no crecen árboles ni plantas ni flores. Excepto una flor, la añañuca\*, que con solo el riego de una densa neblina enciende aquí y allá sus luces rojas, alegrando ese seco territorio.

Su origen se remonta a la época en que en esa zona habitaban los diaguitas. Entre ellos había una hermosa joven llamada Añañuca. Admirada públicamente y envidiada o amada en secreto, ella correspondía entregando su amistad a todos, aunque su amor a ninguno. Hasta que un día pasó por el poblado un joven guerrero de otra tribu con la cual se mantenían cordiales relaciones. Se trataba de un muchacho buenmozo y alegre.

En principio, él solo pensaba pasar por allí, pero al conocer a la joven creyó encontrar lo que buscaba y se quedó.

Ella también sintió que había llegado lo que esperaba, y le entregó su corazón de oro.

Se amaron, aunque no por mucho tiempo. Porque un día el joven guerrero tuvo un sueño: vio que la gente de su pueblo era amenazada por un gran peligro de la naturaleza. Inmediatamente decidió ir a ayudarla. Le prometió a su amada que volvería en cuanto pudiera.

Añañuca lo esperó. Pensó que estaría de regreso a los pocos días. Después imaginó que volvía para llevársela a

tierras lejanas; por último, lo creyó víctima de algún desastre y solo deseaba curar sus heridas.

Pero el joven jamás apareció. Añañuca enfermó de tristeza y muy pronto murió de melancolía por el amado que nunca retornó. El cielo se pobló de nubes a la hora de su muerte y comenzó a llover cuando la enterraron, acontecimiento desusado en aquellos lugares. La lluvia cubrió la tierra durante toda aquella noche.

Al día siguiente, el sol volvió a ocupar su lugar en el cielo nortino. Y la tumba de la hermosa joven que murió de amor se cubrió de flores rojas. Después, rápidamente, todo el descolorido valle y los cerros pardos se tiñeron de esta roja flor del norte.

La llamaron añañuca.

# LOS COPIHUES Y LAS LUMINARIAS

(MAPUCHE)

**E**n los primeros tiempos de la vida de los mapuches aún existía un espíritu malvado que habitaba en la parte más alta de las montañas. Frecuentemente descendía a los valles para realizar sus tropelías y emborracharse con *mu-day* —una chicha de maíz, cebada o trigo fermentado— que robaba a los indios.

Para no extraviarse durante el regreso, tenía la precaución de colgar de las ramas de los bosques miles de campanitas prendidas. Estas las conseguía con el fuego que sacaba de las cimas de los volcanes. Pero como siempre iba bastante bebido durante la caminata de retorno, las dejaba encendidas en los senderos de las montañas.

Un día los espíritus protectores lo vencieron y expulsaron de la tierra que habitaba. Aunque suplicó que le permitieran llevar sus luminarias para alumbrarse en el destierro, no lo oyeron, pues había hecho demasiado mal a la gente mapuche. Las llamitas permanecieron entonces en los bosques y después se convirtieron en las rojas flores del copihue\*, que todavía cuelgan como campanitas en la espesura de la floresta.

# EL CALAFATE. ARBUSTO DEL AMOR

(TEHUELICHE)

Muchísimos años antes de que los blancos llegasen a romper la paz y el encanto de esta maravillosa tierra de pampas, montañas, glaciares, fiordos, canales y bosques milenarios del sur de América, habitaban allí dos grupos de gentes vigorosas y apuestas: los tehuelches y los onas.

El jefe tehuelche tenía una hermosa hija, Calafate, quien era el orgullo y la felicidad de su padre. Calafate era bella como el amanecer y tenía unos grandes y hermosos ojos de un extraño color dorado.

Un día llegó al *aiken* de Calafate un joven ona que había cumplido la edad del *klaketem*, que es la ceremonia de consagración de los onas en su mayoría de edad. Era alto y hermoso e iba vestido con un espléndido quillango, manta hecha de piel de guanaco. El joven ona y Calafate se enamoraron, aun sabiendo que sus tribus no aceptarían esta unión. Pero como su amor era más fuerte que todo, decidieron huir y vivir solos y felices en el *wigwan* –choza hecha de piel de guanaco– que construirían en Onaisin.

Pero alguien descubrió los planes de los enamorados y los denunció al viejo jefe tehuelche. Éste supuso que el Gualiche, deidad maligna de los tehuelches, había embrujado a Calafate incitándola a huir con un ancestral enemigo de su tribu. En-

colerizado, llamó a la chamán\* de su tribu y le ordenó impedir la huida de la pareja, hechizando a Calafate; debía convertirla en algo extraño, hermoso e inalcanzable, pero permitiéndole al mismo tiempo que sus bellos ojos siguieran contemplando el lugar que la vio nacer.

Con dolor, porque la quería, la chamán caviló y caviló. Miró en torno suyo como buscando inspiración. Finalmente embrujó a la bella joven, convirtiéndola en un arbusto al que llamó calafate\*. Desde entonces, cada primavera el calafate se cubre de flores de oro, que son los ojos de la niña tehuelche que contempla la tierra bella y selvática donde conoció a su amado.

El joven ona jamás pudo encontrar a Calafate, pese a buscarla por todos los rincones de la región. Al sentirse para siempre separado de su amada, murió de pena.

Entretanto, la chamán, pesarosa del mal que había causado a los amantes, hizo que las flores del calafate, al caer, se convirtieran en un dulce fruto purpúreo: es el corazón de la bella tehuelche. Todavía los que comen de él caen bajo el encantamiento de Calafate, como ocurrió con su amante ona, y aunque vivan en otros lugares esta seducción continúa, atraídos por ese lugar que hoy se llama Punta Arenas.

# EL HUA-HUAN HERIDO POR LA ENVIDIA

(HUILICHE)

El cacique de una tribu huilliche –que habitó a los pies del volcán Osorno junto al lago Llanquihue– era un hombre anciano que pasaba sus últimos días de vida dedicado a gozar del hermoso entorno natural donde transcurría su existencia y del cariño de sus dos hijos varones. A pesar de haber sido criados de la misma manera, los hermanos eran diferentes. Antañir, el mayor, de espíritu tranquilo, alegre, generoso y sensible, vivía en una constante sorpresa, descubriendo a cada momento un mundo nuevo en todo lo que sus ojos observaban. Trongol, dos años menor, por el contrario, poseía un espíritu iracundo, cambiante y muchas veces violento, y se dedicaba únicamente a la caza, donde se distinguía por su diestro manejo del arco.

El padre los había reunido una mañana para informarles que a su muerte, no muy lejana, Antañir asumiría como jefe de la tribu: sería el nuevo cacique. Y les rogó a ambos que se cuidaran mutuamente. Antañir pidió al anciano que no se anticipara a esa sucesión, pues aún le quedaba mucho por vivir. Por su parte, Trongol no dijo nada, guardó silencio sobre lo que sintió y pensó.

Ese día, Trongol permaneció toda la tarde en el bosque. Su hermano, preocupado por la ausencia y con la aprobación del

padre, salió a buscarlo, pero no lo encontró. Trongol volvió de noche, con la luna ya alta. Así, todos los días siguientes volvió a ausentarse, regresando cada vez más callado y distante.

A Antiñir le gustaba pintar las vasijas de greda hechas por las mujeres de la tribu. Lo hacía con tierra de color y con frutos y raíces hervidas. Un día se sentó a trabajar apoyando la espalda en el tronco de su árbol preferido, desde donde contemplaba toda la anchura del lago. El árbol era un hua-huan\*, también llamado laurel del sur o tepa. Tanto sus frutos como sus flores y semillas son parecidas a las del laurel, pues pertenece a la misma familia: follaje armoniosamente formado, hojas grandes verde oscuras, olorosas y de bordes aserrados. Como ya terminaba el mes de agosto, el ramaje se veía en plena florescencia.

El joven admiraba la gran altura del árbol y el tronco claro y liso que no alcanzaba a rodearlo con los brazos. Allí, bajo la copa, dejaba volar la imaginación para plasmarla en geométricas pinturas.

Trongol sabía donde encontrar a su hermano. Ese día se acercó sigilosamente y se escondió entre unos chilcos, observándolo durante unos minutos con una mirada dura y calculadora.

Con lentitud colocó una flecha en el arco, lo levantó y apuntó al pecho de su hermano. Su rostro destilaba una abundante transpiración. Con una firme decisión marcada en cada rasgo, soltó la flecha en el instante mismo en que Antiñir inclinaba su cuerpo a un lado para recoger un pichón

de gorrón caído de su nido. La flecha pasó rozando el hombro del joven y se incrustó en el tronco del hua-huan. Antifir volvió la cabeza y alcanzó a distinguir la figura de su hermano huyendo entre los matorrales. Se levantó aterrorizado ante la idea de que Trongol había intentado darle muerte. Observó la flecha, intentó sacarla del árbol, pero esta no cedió. Sin recoger los utensilios de pintura corrió en dirección a la ruca del anciano.

—¡Padre, mi hermano trató de matarme!

—¿Tu hermano? ¿Estás seguro, hijo? —preguntó atónito el cacique.

—¡Lo vi, padre, lo vi! Estaba yo bajo el hua-huan y lanzó una flecha que, si en ese instante no me inclino a coger un pajarillo caído del árbol, tu hijo a estas horas no tendría la vida que le diste. ¡Estos ojos vieron cuando él huyó! ¡Venga, acompáñeme a ver su flecha, padre!

Junto a ellos lo hicieron hombres y mujeres enterados de lo sucedido. Al llegar cerca del árbol, descubrieron que Trongol estaba intentando sacar con desesperación la flecha del grueso tronco. Sin que se diera cuenta, sus hermanos de tribu lo habían rodeado.

—¡Quieto! —gritó el anciano ante la intención de huir de Trongol.

Éste, petrificado, escuchó al cacique

—Es esa tu flecha, ¿verdad?

—Sí —contestó Trongol.

—¡Intentaste matar a tu hermano! ¡Qué abominable acción! ¡Eso Ngüinechen no lo admite! Ahora comprendo tus



actitudes, tus ausencias y silencios desde el instante en que te informé que dejaría a Antifir de cacique cuando llegue la hora de mi viaje a la otra vida. ¿Por qué has incubado tanta ambición y envidia en tu corazón? ¿Por qué? Aunque seas mi hijo, merecerías morir, desaparecer de nuestra tribu. Toma tu arco y márchate lejos para siempre.

—Perdóname, padre... perdóname, hermano —dijo Antifir con una voz apenas audible.

Dio media vuelta y comenzó a caminar como un soñámbulo.

—¡Espera! —gritó el anciano al observar la flecha clavada en el árbol.

Trongol se detuvo y miró a su padre.

—Esa flecha fabricada para tu hermano contiene tu odio, envidia y malos pensamientos. Todo aquello lo pasaste a la punta de ese dardo, convirtiéndose en su veneno. Te has liberado de esa ponzoña de tu corazón: ese veneno está ahora allí y no hay forma de sacarlo del hua-huan. Sin embargo, a pesar de haberte liberado de esa podredumbre, debes irte y comenzar otra vida lejos de aquí. Rechaza el mal pensamiento y los sentimientos oscuros; solo así tu alma estará libre de ellos.

Trongol se alejó con lágrimas en los ojos, perdiéndose en la orilla del lago.

Pasaron los años y un día el hua-huan no pudo resistir una fuerte tormenta. Las intensas lluvias arrastraron la tierra dejando sus raíces al descubierto y los vientos lo hicieron caer como un animal herido. Los hombres de la tribu cortaron

el tronco para usarlo como leña, y, al hacerlo, descubrieron que una veta de color negro atravesaba el corazón del árbol, justamente donde había entrado la flecha de Trongol. Un ligero olor desagradable salía de la madera.

Desde entonces, cada vez que se corta un hua-huan, su tronco desprende ese mal olor, proveniente de la envidia contenida en la flecha de Trongol; el joven huilliche se había marchado con el corazón limpio, pero había dejado para siempre el veneno de su alma incrustado en la madera, para que los descendientes de la tribu no olvidaran hasta dónde puede alcanzar la envidia de los hombres.

# CUANDO EL ÁRBOL PEHUÉN EMPEZÓ A ANDAR

(MAPUCHE)

**E**n la antigüedad, el pehuén\* fue un árbol sagrado que los mapuches respetaban como amigo y protector. Cuando los blancos aún no habían llegado, estos hombres de la tierra eran los dueños de la región. Vivían en rucas hechas de cuero y no les gustaba permanecer en el mismo lugar todo el año. Para ellos era fácil recoger sus pertenencias y buscar un sitio distinto, más agradable, donde abundara el pasto para los guanacos y hubiera qué cazar.

Pero en invierno, a pesar de que se abrigaban con las pieles de los zorros y de las nutrias que curtían, sufrían a causa del frío. Por eso temían la época de la niebla, de la nieve y de las tormentas. Los hombres confeccionaban los abrigo y los zapatos, y las mujeres hilaban la lana de los guanacos y tejían la ropa interior y las medias. Pero toda esta ropa no lograba espantar el frío, pues las rucas eran livianas y el carbón de madera no calentaba lo suficiente.

La joven Nuike se acurrucaba cerca del brasero. El fuego crepitaba, pero sus manos estaban tíasas de frío. Era difícil hilar con los dedos helados. Estaba sola en la ruca. A veces alzaba la cabeza para poder oír mejor, pero nada se escuchaba.

Afuera caía la nieve. Su esposo Futa-Viedyá no había regresado desde las salinas de las montañas altas, adonde

iba a conseguir sal. Generalmente volvía antes de que empezara a nevar, pero este año el invierno había llegado más temprano.

El hijo, el pequeño Viedyá, entró en la ruca; sacudió su abrigo y su gorro, que estaban cubiertos de nieve, y dijo:

–Estoy triste, mamacita; no traigo noticias de mi papá. No pude subir la pendiente, pues es imposible pasar a causa de la nieve.

Nuiké se levantó. Ayudó al hijo a quitarse las prendas mojadas y tiesas y le puso un chaleco de lana suave. Sin las pieles, se notaba que Viedyá era todavía un niño. La madre lo miraba con cariño.

–No sé qué hacer; ¡no tengo a quién mandar en busca de tu padre! –le dijo–. Sé que corre un gran peligro. Soñé con él y lo vi acosado por los pumas y la nieve.

–Déjame ir, mamacita –pidió el niño–. Déjame ir en busca de mi padre querido.

Nuiké no quería dejarse convencer, pero al fin le entregó a su hijo charqui, un cuero con chicha, ropa para que se abrigara y le recomendó que siempre buscara un pehuén.

–Este árbol te amparará del frío y de la soledad. Recuerda que debes volver a mi ruca. No puedo perderlos a ambos, a ti y a mi esposo.

Viedyá salió de madrugada. Las nubes oscurecían el cielo; el sol no se dejaba ver y las montañas apenas se distinguían en la lejanía.

El joven, sin desanimarse, se colocó unas tablitas debajo de las alpargatas para poder caminar mejor, y así logró

iba a conseguir sal. Generalmente volvía antes de que empezara a nevar, pero este año el invierno había llegado más temprano.

El hijo, el pequeño Viedyá, entró en la ruca; sacudió su abrigo y su gorro, que estaban cubiertos de nieve, y dijo:

–Estoy triste, mamacita; no traigo noticias de mi papá. No pude subir la pendiente, pues es imposible pasar a causa de la nieve.

Nuiké se levantó. Ayudó al hijo a quitarse las prendas mojadas y tiesas y le puso un chaleco de lana suave. Sin las pieles, se notaba que Viedyá era todavía un niño. La madre lo miraba con cariño.

–No sé qué hacer; ¡no tengo a quién mandar en busca de tu padre! –le dijo–. Sé que corre un gran peligro. Soñé con él y lo vi acosado por los pumas y la nieve.

–Déjame ir, mamacita –pidió el niño–. Déjame ir en busca de mi padre querido.

Nuiké no quería dejarse convencer, pero al fin le entregó a su hijo charqui, un cuero con chicha, ropa para que se abrigara y le recomendó que siempre buscara un pehuén.

–Este árbol te amparará del frío y de la soledad. Recuerda que debes volver a mi ruca. No puedo perderlos a ambos, a ti y a mi esposo.

Viedyá salió de madrugada. Las nubes oscurecían el cielo; el sol no se dejaba ver y las montañas apenas se distinguían en la lejanía.

El joven, sin desanimarse, se colocó unas tablitas debajo de las alpargatas para poder caminar mejor, y así logró

subir las pendientes, buscando el camino que su padre había tomado unas semanas antes.

Era muy difícil orientarse, pues ni el sol ni las estrellas lo podían guiar y en ninguna parte veía hombres ni viviendas. Al parecer, todos se habían encerrado a causa del frío.

Al caer la noche se hallaba tan cansado, que casi no podía mover los pies, pero recordó lo que sus padres le habían dicho: "Nunca duermas sobre la nieve, porque jamás volverás a despertar".

Su madre le había recomendado que se resguardara en un pehuén, de modo que debía buscar uno. Encontró un árbol con un tronco fuerte y una copa llena de hojas verdes; amontonó la nieve a su alrededor hasta casi a la altura de las ramas, y se sentó dentro de su albergue; allí los vientos fríos no podían alcanzarlo. Comió charqui y bebió algo de chicha. Los ojos se le cerraban de cansancio, pero el árbol se movía, tirándole nieve a la cara para despertarlo.

Durante toda la noche Viedyá bebió chicha y la compartió con el pehuén, como su madre le había enseñado. Al llegar la madrugada sintió que había recuperado sus energías con el descanso.

Le agradeció al árbol su protección, le colgó el gorro en las ramas en muestra de gratitud, y siguió su camino. Al llegar nuevamente la noche no pudo encontrar otro pehuén para guarecerse. De repente, olió humo y divisó una hoguera, alrededor de la cual descansaban unos guerreros de un pueblo desconocido.

Los hombres lo dejaron acercarse al fuego, pues ven solo, y le ofrecieron compartir su chicha con ellos. Después, Viedyá se acostó al lado de la hoguera y se durmi enseguida. Tenía el cansancio de dos días de camino y no había dormido la noche anterior.

Pero aquellos hombres que lo habían recibido con aparente amistad no eran buenos. Le quitaron la comida, le robaron el cuero con chicha y los abrigos de piel, y procedieron a amarrarle las manos y los pies. Después lo abandonaron al lado de la hoguera, que ya se estaba apagando. Solo le dejaron la ropa interior de lana.

Viedyá despertó muerto de frío. Estaba tieso, temblaba y casi no podía moverse. Yacía solo en la nieve. Se puso a sollozar y a llamar a su madre: "Nuike, Nuike, ayúdame". Pero Nuike no podía oírlo ni sabía del peligro en que se encontraba su hijo.

En ese momento, Viedyá no pretendía ser un hombre grande y valiente. Era un niño que no sabía qué hacer y tenía miedo.

Entonces su mirada se fijó en un pehuén que se encontraba a poca distancia, y en su soledad y su desamparo le rogó al árbol que lo ayudara. El árbol entendió su súplica. Sacudió su copa y empezó a sacar sus raíces del suelo sin que se dañaran. ¡El pehuén se movió! Se puso a caminar y se acercó a Viedyá, quien no podía creer lo que estaba viendo. El árbol extendió sus ramas sobre él, formando un toldo protector; lo ocultó para que no pudieran verlo los animales salvajes; lo abrigó del frío y al sacudirse sus frutos

caían sobre Viedyá. El niño logró soltarse las manos y los pies, y comió los frutos dulces que le calmaron el hambre y la sed. Luego el árbol lo arrulló con el murmullo de sus hojas.

Mientras tanto, Nuike no lograba calmar su preocupación. No podía dormir ni hilar. El temor por el hijo y el esposo no la dejaban descansar. Cerraba los ojos y las visiones de tragedia y muerte se apoderaban de ella: Futa-Viedyá, su esposo, ya no estaba vivo. La nieve lo cubría y no volvería jamás. Después veía a su hijo desamparado, también acostado sobre la nieve, pero todavía con vida.

Nuike no esperó más. Aunque no era costumbre que las mujeres salieran solas, no vaciló. Se abrigó, tomó una lanza de su esposo para defenderse, empacó comida y bebida y salió, abriéndose camino a través de la nieve. Jamás dudó de la dirección que debía tomar. Cerraba los ojos y encontraba el camino a ciegas. El amor por el hijo la guiaba. Cuando vio el gorro de Viedyá colgado del pehuén y descubrió las huellas de unas alpargatas, supo que pertenecían al muchacho, porque eran pequeñas. Siguió adelante, y de repente su mirada se fijó en un árbol caído. Se acercó al pehuén, retiró las ramas y descubrió a su hijo que dormía bajo el toldo de las hojas.

La madre lo despertó, y él le contó lo que le había sucedido, y le habló del árbol milagroso que lo había salvado.

Nuike se arrodilló ante el árbol y le dio las gracias por lo que había hecho por su hijo. Después, ambos alzaron el árbol y lo llevaron al lugar del cual había sacado sus raíces el día anterior, pues creían que deseaba seguir viviendo allí.



Pero cuando emprendieron el camino de regreso y echaron una mirada atrás para despedirse del árbol, vieron que este los seguía y los acompañaba, dándoles protección y abrigo durante todo el camino.

El pehuén se quedó con ellos cuando finalmente llegaron a la ruca. Viedyá excavó el suelo, trajo tierra negra del bosque y plantó el árbol con cuidado, derritiendo nieve para mojarle las raíces.

El pehuén siguió creciendo, y Viedyá decidió quedarse en ese lugar toda la vida, cultivando la tierra al lado del árbol milagroso.

Todo lo que emprendió en ese lugar le trajo suerte y bienestar.

Aunque Nuike se cortó el pelo, como era costumbre en aquellos tiempos cuando una mujer enviudaba, volvió a gozar de la vida cuando Viedyá encontró con quien casarse y le construyó a la esposa una casa de troncos con techo de paja.

Fue así como el pehuén les enseñó a los mapuches a quedarse en un solo sitio y a vivir como campesinos.

**ECUADOR**

# NUNKUI, CREADORA DE LAS PLANTAS

**H**ace años, cuando los shuaras recién empezaban a poblar las tierras orientales de Ecuador, la selva no existía. En su lugar se extendía una llanura manchada solamente por escasas hierbas. Una de estas era el unkuch, el único alimento de los shuaras. Gracias a él, este pueblo pudo soportar durante mucho tiempo la aridez de la arena y el calor sofocante del sol ecuatorial. Lamentablemente, un día la hierba no creció más y los shuaras comenzaron a desaparecer poco a poco.

Algunos, recordando otras desgracias, culparon a Iwia y a Iwianchi, seres diabólicos que desnudaban la tierra comiéndose todo cuanto existía en ella; pero otros continuaron sus esfuerzos por encontrar el ansiado alimento. Entre éstos había una mujer: Nuse. Ella, venciendo sus temores, buscó el unkuch entre los sitios más ocultos y tenebrosos, pero todo fue inútil. Sin desanimarse, volvió donde sus hijos y, contagiándolos con su valor, reanudó con ellos la búsqueda.

Siguiendo el curso del río, caminaron muchos días. Pero a medida que transcurría el tiempo, el calor agobiante de esas tierras terminó por aplastarlos. Así, uno a uno, los viajeros fueron quedando tendidos en la arena.

Inesperadamente, sobre la transparencia del río aparecieron pequeñas rodajas de un alimento desconocido: la yuca. Al verlas, Nuse, que aún se mantenía en pie, se lanzó hacia el río

y tomó algunas. Apenas probó aquel sabroso y dulce potage, sintió que su ánimo renacía misteriosamente y enseguida corrió a socorrer a sus hijos.

Cuando estaba en esto, percibió que alguien la observaba desde el viento. Inquieta, perforó con sus ojos todos los rincones, pero solo vio la soledad plomiza del desierto. De súbito, de entre las ráfagas que llegan silbando desde lejos, se descolgó una mujer de belleza primitiva.

Nuse retrocedió asustada, pero al ver la dulzura que emanaba del rostro de la recién aparecida, le preguntó:

—¿Quién es usted, señora?

—Yo soy Nunkui, la dueña y soberana de la vegetación. Sé que tu pueblo vive en una tierra desnuda y triste, en donde apenas crece el unkuch, pero...

—¡El unkuch ya no existe! —interrumpió Nuse—. Era nuestro alimento y ha desaparecido. Por favor, señora, ¿sabe dónde puedo hallarlo? Sin él, todos los de mi pueblo morirán.

—Nada les ocurrirá, Nuse. Tú has demostrado valor y por ello te daré no solo el unkuch, sino toda clase de alimentos.

En segundos, ante los ojos sorprendidos de Nuse, aparecieron huertos de ramajes olorosos. Nuse quedó extasiada, pues jamás había visto nada semejante. El paisaje era majestuoso y la música que brotaba desde la floresta le había robado el corazón.

—Y para tu pueblo —continuó Nunkui—, que hoy lucha contra la muerte, te obsequiaré una niña prodigiosa que tiene la virtud de crear el unkuch y la yuca que has comido, y el plátano y...



**–Gracias, Nunkui, ¡gracias!**

**La aparición se esfumó y en su lugar surgió la niña prometida.**

**Nuse, aún deslumbrada por lo que había visto y sin salir todavía de su asombro, fue guiada por la pequeña por entre la espesura. Tan a gusto llegó a sentirse en ella, que deseó permanecer allí para siempre. Sin embargo, el recuerdo de su pueblo la entristeció. Pero entonces la pequeña, la hija de Nunkui –como luego la llamaron– le anunció que también allá, en el territorio de los shuaras, la vegetación crecería majestuosa. Entonces, alborozada, Nuse reanimó a sus hijos y retornó a su pueblo.**

**Cuando llegaron a él, la niña cumplió con su ofrecimiento y la vida de los shuaras cambió por completo. El dolor fue olvidado. Las plantas se elevaron en los huertos y cubrieron el suelo de esperanzas.**

ESTADOS UNIDOS

## EL NENÚFAR Y LA DONCELLA DE LAS ESTRELLAS

**H**ubo una época, hace mucho, mucho tiempo, en que todas las tribus de la Tierra vivían en paz.

No había conflictos entre ellas. Se sentía siempre el verano en el aire. Los arroyos eran claros y puros y llenos de peces.

En los árboles sonaba el canto de los pájaros y la tierra era rica en todo lo que la gente necesitaba.

El día entero cazaban y pescaban. Cosechaban frutas y nueces. Fabricaban canoas de corteza de abedul para llevarlas fácilmente a lo largo de los ríos y a través de los anchos lagos.

De noche, cuando había concluido el trabajo, a la gente le agradaba contemplar el cielo. Les encantaba ver el disco de plata de la luna remontando en la oscuridad. Les fascinaba mirar el gélido fuego que titilaba en las estrellas.

Una noche, cuando el cielo sobre la pradera brillaba con la luz de las estrellas, vieron algo nuevo.

Era la estrella más brillante que nunca se había visto. Cuando la miraron, empezó a moverse. ¡Estuvo a punto de caer!

Entonces se detuvo. La pudieron ver suspendida, como un resplandor blanco, cerca de la cima de un lejano cerro. "¿Qué podrá significar esto?", se preguntaban y la observaban noche a noche.

La estrella no se movía de la cumbre del cerro. Pasaron los días. Por fin, el Gran Jefe habló:

—Que algunos valientes vayan a los lejanos cerros. Que vean ese objeto y nos cuenten qué es.

Entonces los valientes se dirigieron a los lejanos montes. Cuando regresaron dijeron:

—Vimos algo que brillaba. Estaba suspendido en la punta de un oscuro pino. No nos respondió. ¡Nos hizo sentir asustados!

Esa misma noche, uno de los jóvenes valientes tuvo un sueño, en el que se le apareció una doncella de plata. Ésta brillaba con su luz plateada y le habló con una voz que era también como una hebra de plata.

—Estoy cansada de vagar por el cielo —dijo, mientras extendía sus brillantes brazos hacia él—. Tu mundo me llama. Me gustan los vientos que soplan. Amo los colores que veo abajo. Amo tus ríos y lagos. Deseo hundir mis manos en el agua clara, cuyo brillo veo desde arriba. He observado a tu gente. He visto a los niños que juegan en las aldeas y que brincan en los prados. Quiero vivir entre ustedes. No quiero deambular más por el cielo oscuro. Deja que los más sabios de tu pueblo me digan qué forma he de tomar. Así podré vivir en tu tierra para siempre.

El joven valiente despertó. Aún era de noche. Su sueño se había ido. La doncella de plata se había desvanecido también.

Cuando miró hacia los lejanos cerros vio la luz brillante suspendida en lo alto del oscuro pino. Entonces se quedó dormido otra vez.

A la mañana siguiente, el joven valiente le contó al jefe su extraño sueño. El jefe reunió a las mujeres y a los hombres más sabios. Se sentaron en círculo de consejo y escucharon.

El jefe se levantó y habló.

—Una estrella quiere vivir entre nosotros —dijo—. Nuestra gente le va a dar la bienvenida. El aire azul de la pradera se va a llenar de cantos de pájaros para honrar su llegada. En la tierra no podrá ser una estrella brillante. Por eso, déjenla escoger la forma que va a tomar. Puede ser la de una flor que crece en la tierra. Puede ser la de un pez que nada en el agua. Puede ser la de un pájaro que se eleva por el aire diáfano. Donde ella encuentre un lugar para descansar en paz, allí será su hogar. ¡Vayan! ¡Deben encontrarla y decirle esto!

El jefe y los sabios se levantaron y caminaron lentamente alrededor del fuego. Entonaron una canción de bienvenida y arrojaron leña aromática en él. Emanó un humo fragante, que subió y subió en el cielo de la mañana. Era un saludo para la estrella.

A la noche siguiente, el joven valiente dejó la aldea. Se dirigió a las lejanas montañas donde la luz plateada estaba suspendida en la punta de un árbol. Miró hacia arriba y la luz descendió hacia donde él estaba. Era la doncella de plata de sus sueños. Él se dio vuelta, y ella lo siguió desde lo alto, alumbrando su camino en la oscuridad.

Cuando el valiente joven regresó a casa, la gente se volcó a ver a la doncella de las estrellas. Su suave luz flotaba en el aire, sobre sus tiendas, durante la noche.

Llegó la mañana y la doncella de las estrellas se posó en el centro de una rosa que crecía en la ladera de un cerro. La gente escuchó su voz en el aire.

–Este será mi hogar. Esta flor será mi vivienda en la Tierra. A la mañana siguiente escucharon nuevamente su voz.

–Esta rosa está muy lejos de la aldea –dijo–. Nunca veo a la gente que amo.

Entonces dejó la rosa y voló hacia la extensa pradera. Allí crecían flores de todos los colores.

–Voy a vivir en esta pradera –dijo la doncella de las estrellas al viento. Y eligió una pequeña flor tan azul como el cielo–. Aquí es donde deseo quedarme.

Pero algo andaba mal. Cada día la tierra se remecía y temblaba bajo sus pies. Manadas de enormes búfalos pisoteaban el suelo. Sus cascos se hundían en la tierra.

–¡Aquí no puedo descansar! –gritó la doncella.

Y esa noche la gente vio su luz brillante subir hasta el oscuro cielo sobre sus cabezas.

Se pusieron tristes. Temían que se fuera para siempre. Después de todo, su tierra no la había acogido. Ella no lograba encontrar un hogar lleno de paz.

Esta vez la doncella se levantó sobre el lago. Allí se la veía suspendida y su reflejo flotaba sobre las aguas oscuras. Flotando en el agua se hallaban también los reflejos de todas sus hermanas del cielo. La gente las miraba. Entonces escucharon de nuevo su voz de plata.

–Hermanas, hermanas –llamó–. Cesad en vuestro vagar. Encontrad la paz conmigo. Estas quietas aguas serán nuestro hogar. ¡Venid!

La gente vio que el cielo se estremecía con brillantes puntos luminosos. Vieron que el oscuro lago cobraba vida con las estrellas.

–¿Qué significa todo esto? –se preguntaron.

Los sabios sonrieron. El jefe sonrió también.

–Vayamos a nuestros lechos y durmamos ahora –dijo–. Nuestra doncella de las estrellas ha encontrado por fin un hogar.

El viento de la noche sopló. Los somorgujos gritaron. Las lechuzas ulularon. Cuando llegó la mañana había algo diferente. Cientos de estrellas flotaban en el lago azul. ¡No! ¡No estrellas! ¡Cientos de flores como estrellas flotaban allí! ¡Nenúfares!

La doncella de las estrellas había encontrado su lugar en la Tierra. Sus hermanas estrellas la habían escuchado. Habían cesado también de deambular por el cielo nocturno. Habían caído al lago para unirse a la doncella de las estrellas en su nuevo hogar.

La gente abordó sus canoas y navegó para tocar los pétalos cremosos.

¡Nenúfares! Son estrellas que cayeron desde el cielo una noche; sus pétalos brillan al sol como las estrellas que vieron y centellearon una vez en lo alto.

# MÉXICO



# CÓMO EL CHOCOLATE PASÓ DE LOS DIOS A LOS HOMBRES

(AZTECA)

**D**esde el principio de los tiempos existía en las selvas vírgenes de Yucatán y de Guatemala el cacahuaquchtl, árbol con cuyos frutos preparaban su bebida los dioses; los tostaban en una sartén de barro y luego los molían entre dos piedras hasta conseguir un polvo que vertían en agua hirviendo. Con dos ramitas lo batían cuidadosamente hasta que el líquido comenzaba a hacer burbujas. A esta infusión burbujeante le añadían, entonces, pimienta, almizcle y miel, y lo bebían ceremonialmente.

Los dioses eran bondadosos y permitieron que –en algunas circunstancias especiales– los mortales también pudieran preparar y beber de su bebida sagrada: el tchocoatl. Fue el sabio Quetzalcóatl, el gran dios barbudo, prudente como la serpiente y hermoso como el quetzal\*, quien enseñó a los hombres a manipular el cacahuaquchtl, que no solo daba placer y fuerza, sino también riqueza, ya que él les había enseñado a usar los granos del árbol como monedas.

Un día el dios partió, construyó una balsa de serpientes y se lanzó por el océano hacia el este, hacia donde salía el sol. Desde entonces, su pueblo esperó el regreso con tristeza e impaciencia. ¡Qué fastuoso día sería aquel! El pueblo

entero prepararía nuevamente el tchocoatl espumoso y lo degustaría con veneración en las copas de oro fino.

Por ello, cuando Hernán Cortés, barbudo y con armadura, llegó desde el oriente –a lomos de un extraño animal vestido también de hierro– el emperador Moctezuma y sus súbditos alegremente exclamaron: “¡Es él!” Y en su honor realizaron la ceremonia del tchocoatl, entregando, sin saberlo, la bebida divina a unos simples mortales que la difundirían desde ese momento por el mundo.

# DEL CORAZÓN AL NOPAL

(AZTECA)

**E**l nopal\* es una de las plantas más conocidas en América. Es raro que no crezca en algún país de este continente. Aun sobre las rocas, en las tierras improductivas, allí donde otros vegetales no prosperan, él se levanta desafiando todas las inclemencias.

Alcanza hasta tres metros de altura. Sus hojas ovaladas son grandes y carnosas, de un nítido color verde, erizadas de púas, y crecen, unas al borde de las otras, de manera muy original. Sobre las hojas nacen las flores, de un intenso color encarnado, que maduran dando un fruto de cáscara amarilla e interior sonrosado.

El fruto se halla también erizado de espinas; esto lo hace parecer esquivo, pero una vez que se le quita la corteza, brinda una pulpa fresca y dulce.

Todo aquel que haya caminado por tierras de América debe de haberlo probado en alguna oportunidad.

Pero es en México donde más abunda, sin duda. Figura incluso en el escudo nacional. Sobre un nopal se afirma el águila de alas entreabiertas, que tiene prisionera a la serpiente. Y es también en México donde aún se conoce la vieja y hermosa leyenda azteca que cuenta su origen.

Fue en el principio del principio, cuando el belicoso y fiero Huitzilopochtli, dios de la guerra, abandonó a su hermana Malinalxochitl para marcharse lejos a fundar un reino para su pueblo. La abandonada, cuyo nombre significa "flor de malinali" –planta textil–, se quedó en una región montañosa y selvática, deplorando su desventura, acompañada de unos cuantos súbditos. Pero era esforzada y valerosa y logró fundar el reino de Malinalco, que quiere decir "lugar donde hay "malinali".

Su hijo, Copil –nombre que significa "corona"–, crecía oyendo de labios de su madre el relato de la mala acción de Huitzilopochtli. En su pecho, día a día, iba creciendo el deseo de encontrarse alguna vez con el dios cruel.

Pasaban los años y llegó el tiempo en que Copil estaba ya convertido en un joven gallardo, de negra cabellera y cuerpo atlético, diestro en todos los lances de la caza y de la guerra. Escuchando las quejas de su madre, había jurado castigar la ofensa, y consideró llegado el momento de hacerlo. Era fuerte y resuelto y le parecía que nada podría impedirle el cumplimiento de sus propósitos.

Un día, Copil cogió su chimali –escudo– y su macana\* y partió en busca de Huitzilopochtli. El nombre de este dios, según unos, significa "colibrí zurdo", y, según otros, "colibrí siniestro, terrible o lúgubre". Era un dios cruel, que se complacía en la guerra, la sangre y la muerte. Después de su paso por la Tierra no quedaba sino la leyenda y él entraba convertido en una rígida figura de ídolo. Los aztecas le elevaron templos donde lo adoraban, rindiéndole el más extraño y feroz culto.

La creencia de los indios hacía figurar a Huitzilopochtli como si fuera el sol, el que cada mañana libraba combate con la luna y las estrellas, a fin de ganar un nuevo día para los hombres. Para llevar a cabo esta tremenda lucha y, además, debido a que era dios, tenía que alimentarse de la esencia de la vida del hombre; es decir, del corazón y la sangre. Por eso se le ofrecían sacrificios humanos.

Así entonces, el hijo de Malinalxochitl dejó su lugar para ir en pos del dios Huitzilopochtli. Todos los obstáculos que podía ofrecerle la naturaleza eran pequeños ante su fuerza y su vehemencia. Caminó día y noche, dejando atrás cerros, bosques y llanos.

Alumbrado por el sol americano, por la luna y las luciérnagas, anduvo sin darse reposo hasta que al fin arribó a las fértiles comarcas habitadas por los mexihka. En ellas crecía el maíz de hojas de esmeralda y grandes y apretadas mazorcas. Ardoroso como era, Copil iba pregonando la necesidad de exterminar a Huitzilopochtli y sus gentes, por ser elementos sanguinarios, dañinos y crueles...

Finalmente llegó a Chapultepec, lugar donde estaba Huitzilopochtli.

Copil examinó la naturaleza del terreno y todas las características que ofrecía la situación y se dio cuenta de que no podría cumplir su promesa solo, pues le sería necesaria la ayuda de guerreros de Malinalco. Chapultepec, morada del dios de la guerra, es una montaña, y en esos días era una isla del lago de Texcoco.

Copil fue a Malinalco a pedir el concurso de sus guerreros y regresó con mil de ellos para que le ayudaran a cumplir su juramento. Pero sus intenciones fueron pronto conocidas por Huitzilopochtli, ya que el joven iba vocando sus propósitos. El fiero dios se llenó de ira y no envió guerreros al encuentro de Copil, sino a los teopixque —sacerdotes—, a quienes les dio esta orden:

—Sacadle el corazón y traédmelo como ofrenda.

Los sacerdotes, sabiendo que Copil había acampado cerca con todos sus guerreros, deliberaron sobre lo que más les convenía hacer y resolvieron aguardar la noche. Y una vez que las sombras nocturnas se apretaron sobre Chapultepec y sus contornos, ellos bogaron silenciosamente por las aguas del lago oscurecido y luego saltaron a tierra, dirigiéndose al lugar donde esperaban encontrar a Copil.

Dormía el jefe y dormían sus guerreros.

Avanzando sin hacer ruido, con la mayor cautela, entre los cuerpos adormecidos por el profundo sueño que produce el cansancio de las marchas, los sacerdotes encontraron finalmente al hijo de Malinalxochitl.

Se acercaron a él calladamente y, con la pericia que les caracterizaba, le abrieron de una cuchillada el pecho y le extrajeron el corazón. Copil no pudo exhalar ni la más leve queja. Cuando al amanecer despertaron los guerreros de Malinalco, se sorprendieron al encontrarse sin jefe. Los sacerdotes habían cruzado de nuevo entre ellos, con el mismo cuidado que a la ida, sin producir un rumor ni dejar una huella. Ante los ojos asombrados de su gente,



el cadáver de Copil mostraba, en el pecho poderoso, la gran herida por donde los sacrificados ofrendaban la vida al dios implacable.

Y también al amanecer los sacerdotes llegaron de regreso a Chapultepec. En un cuauhxicalli –recipiente usado para recoger la sangre– entregaron a Huitzilopochtli la roja ofrenda.

El dios, después de recrearse y satisfacer su cólera viendo el corazón de Copil, ordenó a los sacerdotes que fueran a enterrarlo.

–Enterrad el corazón de Copil en aquellos peñascos que surgen entre la maleza, en el centro del lago –les dijo.

Esa noche los sacerdotes se encaminaron hacia el lugar indicado por el dios y sepultaron el corazón entre las peñas. Con eso creyeron que Copil había terminado para siempre. Pero al día siguiente vieron con asombro que había brotado una hermosa planta en el sitio de la sepultura, allí donde antes hubo desnudas rocas y ramas secas. Era el corazón de Copil, que se había convertido en el vigoroso nopal de ovaladas hojas y flores encarnadas, un recuerdo del valor que brota en toda la tierra americana.

# LA OFRENDA DEL PULQUE

(AZTECA)

Los orígenes del pulque –bebida alcohólica que se obtiene del jugo de la planta de maguey\* fermentada– se remontan a los monstruosos tzitzimime, genios maléficos de la oscuridad que continuamente amenazaban con destruir el mundo. Estos demonios de la noche, a menudo femeninos, son las estrellas que luchan eternamente contra el sol al atardecer y al amanecer.

Aunque a los hombres se les habían proporcionado semillas para obtener alimentos, muy pocas cosas en sus vidas les provocaban placer o alegría. Los dioses llegaron a la conclusión de que se necesitaba algo que hiciera a la gente cantar y bailar. Quetzalcóatl decidió que una bebida alcohólica traería placer a la vida de los hombres. Por ello fue a visitar a Mayahuel, la bella y joven diosa del maguey, que habitaba en el cielo junto a su temible abuela Tzitzimitl. Quetzalcóatl halló dormida a la joven, pero la despertó y persuadió de que descendiera con él a la Tierra. Allí se unieron en un gran árbol ahorquillado, siendo Quetzalcóatl una rama y Mayahuel, la otra.

Al despertarse y no encontrar a Mayahuel, la enfurecida abuela convocó a los demonios estelares, sus compañeros, los tzitzimime, con el fin de hallar a su nieta desaparecida.

Los encolerizados tzitzimime se lanzaron desde el cielo al árbol donde se ocultaban Quetzalcóatl y Mayahuel. En el preciso instante en que aparecieron, el árbol se partió por la mitad y las dos ramas se precipitaron al suelo. La abuela Tzitzimitl reconoció la rama de Mayahuel y, arrancándola salvajemente, entregó partes de su nieta a los otros tzitzimime para que la devoraran. Después regresaron al cielo. Entonces, Quetzalcóatl retomó su forma primera. Reuniendo con tristeza los rotos huesos de Mayahuel, los enterró, y de esta sencilla sepultura nació la primera planta de maguey: el misterioso origen del pulque.

Esta bebida alcohólica jugó un papel fundamental en la vida ceremonial de los aztecas no solo como bebida ritual, sino también como ofrenda de sacrificio. El pulque se bebía con frecuencia en banquetes y celebraciones, aunque la intoxicación pública era considerada un delito grave, especialmente para aquellos de origen noble.

# EL MAÍZ DIVINO

(NÁHUATL)

**C**entéotl, el maíz divino, nació en una cueva. Estaba tan solo, que los dioses pensaron en darle compañeros. Le dijeron que se escondiera debajo de la tierra y se enterró, hasta que su cuerpo quedó completamente cubierto.

Al poco tiempo, de una oreja le salió el huazontli, esa planta con la que se preparan las tortitas capeadas. De los cabellos le fue brotando el algodón con que se confecciona la ropa. De la nariz le creció la chía\*, con la que se hace un agua fresca deliciosa. De los dedos salió el camote\* y del resto del cuerpo brotaron muchos frutos más que la gente aún siembra y cosecha. Ya no estaba solo y los hombres tendrían cómo alimentarse. Por ser tan generoso y abundante, le llamaron Tlazopilli, que quiere decir "hijo querido".

# CÓMO LOS HUICHOL CONOCIERON EL MAÍZ

(HUICHOL)

**Y**a los huicholes estaban cansados de comer cosas que no les gustaban. Querían algo que se pudiera comer todos los días, pero de muy distintas maneras.

Un muchacho huichol oyó hablar del maíz y de los ricos guisos que con él se podían hacer; de las tortillas, de los chilaquiles\* y de la sopa que con este cereal se preparaba. Pero el maíz se hallaba muy lejos, al otro lado de la montaña. Esto no lo desanimó y echó a andar. Al poco rato encontró una fila de hormigas, y como sabía que algunas de ellas eran guardianas del maíz, las siguió. Una vez que el joven se durmió, las sinvergüenzas hormiguitas se comieron toda su ropa, dejándole tan solo su arco y flechas.

Sin ropa y con mucha hambre, el huichol comenzó a lamentarse. En eso, un pájaro se posó en un árbol cercano. El joven apuntó su arco, pero el ave le amonestó, diciéndole que ella era la Madre del Maíz. Enseguida lo invitó a seguirla a la Casa del Maíz, donde le daría todo lo que andaba buscando.

Cuando allí llegó, encontró a cinco doncellas muy bellas, hijas de la Madre del Maíz: Mazorca Blanca, Mazorca Azul, Mazorca Amarilla, Mazorca Roja y Mazorca Negra.

Mazorca Azul lo cautivó con su belleza y dulzura. Pronto se casaron y regresaron al pueblo huincho. Como todavía no tenían casa, durmieron un tiempo en el lugar dedicado a los dioses. Como cosa de encantamiento, la casa de los recién casados se llenaba todos los días de elotes, que son mazorcas tiernas de maíz, que la adornaban con flores. La gente venía de todas partes, pues Mazorca Azul les regalaba maíz a manos llenas. Además, la bella esposa enseñaba a su marido cómo sembrar el maíz y cómo cuidar la milpa\*. Al enterarse de las delicias del nuevo alimento, muchos animales intentaron robarlo. Mazorca Azul enseñó a la gente que debía prender fogatas cerca de las milpas para asustar a las criaturas que andaban en busca de los elotes tiernos.

Los ancianos cuentan que Mazorca Azul, una vez que enseñó a las personas todo cuanto sabía sobre el maíz, se molió a sí misma, y de esta manera la humanidad supo del riquísimo atole\*, preparado también con los granos del maíz.

# EL MAÍZ Y EL MONTE DE NUESTRO SUSTENTO

(NÁHUATL)

**A**l comienzo de los tiempos, los dioses se preguntaban qué comería la humanidad. Un día, Quetzalcóatl se topó con una hormiguita roja en algún paraje de Teotihuacán. La hormiga cargaba un grano de maíz. Muy interesado, Quetzalcóatl le preguntó dónde lo había hallado. La hormiga se hizo la desentendida y siguió caminando; ante la insistencia del dios, le respondió que lo extraía del Monte de Nuestro Sustento y lo invitó a seguirla.

Pero Quetzalcóatl era demasiado grande para caber en ese lugar como las demás hormigas, de modo que recurrió a un náhuatl y se transformó en hormiga negra. La hormiga roja lo esperaba adentro y lo guió adonde había maíz por montones y le ayudó a sacar lo suficiente para compartirlo con los dioses. El gran Quetzalcóatl le dio las gracias y se despidieron. El dios cargó con el maíz y primero se lo entregó a los dioses, para luego dar de comer a la humanidad. Y el alimento fue bueno.

Entonces hubo necesidad de más, pero era una gran tarea estar convirtiéndose a cada momento en hormiga y sacar los granos de a poco. Quetzalcóatl probó cargar con el monte, pero no lo consiguió. Los dioses pidieron ayuda

al divino Oxomo y a su mujer, la adivina Cipactónal, para que les ayudaran con una solución. Ellos les revelaron que si Nanáhuatl lanzaba un rayo, el Monte de Nuestro Sustento quedaría abierto.

Comenzó a llover cuando Nanáhuatl envió su rayo hacia el monte, que se abrió con gran estruendo, dejando libres granos de nuestro sustento: maíz, frijol, chíca, bledo\*, que los dioses entregaron a la humanidad.

PARAGUAY

# IRUPÉ Y LA LUNA

(GUARANÍ)

**E**l irupé\* es una planta acuática que se cría en las aguas profundas y tranquilas del río Paraguay y de la mesopotamia argentina. Sus hojas, que pueden llegar a medir hasta dos metros de diámetro, están dotadas de un reborde de unos seis centímetros, que impide que el agua las penetre y a la vez permite que puedan sostener grandes pesos. Por esto es común ver a las aves reposando en ellas y aún a pequeños mamíferos, especialmente en los periodos de inundación. La parte superior de las hojas es de un verde brillante, mientras la inferior es rojiza y está surcada por una red de nervaduras. Las hojas están sostenidas por un largo pecíolo que las une a un rizoma sumergido. Las flores son grandes y de pétalos blancos, que poco a poco y con el correr de los días van tornándose rojizos. El fruto recibe el nombre de "maíz del agua" y contiene numerosas semillas que pueden comerse tostadas.

Según algunos, irupé significa "plato sobre el agua"; para otros viene de pe (chato) y significa "lo chato que trae el agua".

Su origen se encuentra en la historia de una bellísima muchacha que se enamoró de la luna. La joven languidecía con su amor sin esperanzas, mirando al astro de la noche esparcir su pálida luz desde la altura.

Un día, llevada por la fuerza de su pasión, decidió ir en busca de su celestial amante. Subió a los árboles más altos e inútilmente tendía los brazos tratando de llegar a lo inalcanzable. A costa de grandes fatigas, trepó a la montaña, y allí, en la cima, estremecida por los vientos, esperó el paso de la luna, pero también fue en vano.

Volvió al valle melancólica y doliente, y caminó para ver si llegando a la línea del horizonte la podía alcanzar. Ya sus pies sangraban sobre los ásperos caminos en busca de lo imposible.

Sin embargo, una noche, al mirar en el fondo de un lago, la vio reflejada en la profundidad y tan cerca de ella, que creía poder tocarla con las manos. Sin pensar un momento se arrojó a las aguas y nadó hasta lo hondo para poder tenerla. Las aguas se cerraron sobre la muchacha y allí quedó la infeliz para siempre con su sueño irrealizado.

Compadecido, Tupá la transformó entonces en irupé, cuyas hojas tienen la forma de un disco lunar que mira hacia lo alto en procura de su amado ideal.



# EL LLANTO DE ISAPÍ

(GUARANÍ)

Isapí\* era joven y hermosa. Hija de uno de los más poderosos mburuvichás\*, era requerida de amores por los guerreros más terribles, quienes ante su belleza y juventud ofrecían los trofeos que con peligro de muerte habían arrebatado al enemigo. Pero Isapí no respondía a esos halagos y, desdeñosa, pasaba frente a los valientes luchadores. Porque Isapí no amaba. Isapí no podía amar. Tal era su temperamento. Indiferente al dolor, se la llamaba también "la que jamás lloró". Nadie vio nunca que de sus ojos negros cayeran lágrimas.

Hubo un tiempo en que los más espantosos desastres azotaron a los suyos. Una inundación del río Uruguay se llevó las tolderías y en ella perecieron ahogados niños y mujeres. Isapí no lloró. Mientras todo el pueblo se entregaba al dolor en medio de llantos y lamentaciones, Isapí, indiferente, con sus hermosas pupilas negras puestas en la lejanía, como si buscara algo detrás de la línea azul del horizonte, nada veía, no oía nada.

Su padre, el viejo mburuvichá, sentía un entrañable cariño por aquella hija que despreciaba el amor de todos; y en su egoísmo paternal, la veía como lo más suyo, ya que, estando en edad del amor, no amaba. Él la protegía de la cólera de la tribu, que de buena gana la hubiese sacrificado, pues la mira-

ban como agorera, portadora de todas sus desventuras. Hubo un adivino que propuso someterla a martirio para obligarla a llorar, porque –y esto lo decía la ciencia que consultara a un sapo puesto a la luz de la luna– si Isapí lloraba, la desventura de la tribu se trocaría en dicha y sus derrotas en triunfos. Pero cuando se lo comunicaron al viejo jefe, éste se encolerizó tanto, que debieron huir de su presencia.

La desgracia seguía cebándose con la tribu. En el combate sostenido contra los feroces guaycurúes, la tribu del viejo mburuvichá fue dispersada por los montes. Cayeron en poder del enemigo las más hermosas de sus doncellas y bajo sus armas, los más valientes guerreros. Una hermana de Isapí, tan hermosa como ella, pero de corazón blando, quedó prisionera del jefe enemigo. Un hermano, el más valeroso, fornido y hábil de los guerreros de la tribu, el destinado a sustituir al viejo mburuvichá, fue encontrado moribundo entre los matorrales.

Después de aquello, la tribu, reducida a unas pocas mujeres y a un puñado de combatientes, rodeando a su anciano cacique mudo de dolor y de despecho, se refugió en la selva. Isapí estaba entre ellos, indiferente, como de costumbre, y sin que sus pupilas negras se empañasen con una sola lágrima. Una anciana cuñá i payeva<sup>8</sup> interrogó de nuevo a los astros. Puso los talismanes y sortilegios de su sabiduría, y dijo:

–Para desviar la malaventura, es preciso que Isapí lllore.

Pero, ¿cómo hacer llorar a la indiferente? ¿Cómo sacar agua de la roca sin el poder que la cuñá i payeva, pese a

su decantada ciencia, poseía? Ya que el dolor ajeno no era capaz de hacerla llorar, era preciso que ella lo experimentara. ¿Cómo hacerlo si estaba protegida por el amor ciego del anciano mburuvichá?

Cierto día en que Isapí, silenciosa, como habitualmente estaba, iba por un camino, salió a su encuentro una arrugadísima y decrepita anciana. Con voz suplicante, tanto que apenas era un soplo, le rogó que cortase algunas ramas e hiciera con ellas un haz para llevarlo a su choza y calentarla, porque un nieto suyo, muy enfermo, se moría allí de frío.

Isapí, indolente, no ayudó a la anciana. Ésta se postro de rodillas y rogó, llorando aún con voz más quebrada. Pero la doncella, como si fuese ciega y sorda, siguió su camino.

Un poco más allá se encontró con otra mujer, todavía joven y con un niñito en brazos, que se le acercó. Su faz pálida, sus pupilas llorosas, su gesto demudado, denunciaban que el dolor había hecho presa de su alma. Le preguntó si sabía de algunas hierbas buenas que pudieran curar a su niño, ya que se le moría en sus propios brazos. Isapí conocía aquellas hierbas; solo le habría bastado con internarse en el bosque por ella conocido y traerlas a puñados, a brazadas. Pero la muchacha, insensible al dolor de esa madre, como antes lo había sido al de aquella abuela, prosiguió su camino, aunque por un corto trecho. Algo la obligó a detenerse y a escuchar a sus espaldas la voz de la cuñá i payeva de la tribu, quien invocaba a Añá, el señor de las tinieblas, amo de los maleficios.

-Añá, permite que esta mujer, que no se ha compadecido ni de una madre ni de una abuela, nunca sea abuela ni madre. Añá, permite que esta mujer que nunca ha llorado, lllore siempre, viva eternamente llorando. Añá, permite que esta mujer cuya dureza al llanto fue la causa de tantos males, solo haga bien con su llanto a los demás, que tan indiferentes le eran...

E Isapí ya no oyó más, porque su figura ya no era humana. Al término de la invocación de la cuñá i payeva, la doncella quedó convertida en árbol.

Desde entonces, en las selvas tropicales se yergue el árbol que tiene esta particularidad: de sus hojas se desprende continuamente un abundante rocío que refresca el aire, humedece el suelo y empapa el entorno para que crezca la vida.

Es la adolescente que llora, que llorará siempre, y que con su llanto hace bien a sus semejantes, a los hombres y a las mujeres que tan indiferentes le fueron cuando su forma era todavía la humana.

# LA YERBA MATE\* Y LA LUNA

(GUARANÍ)

“¿Por dónde podré bajar?”, se preguntaba la solitaria luna paseándose por el cielo. El inmenso espacio azul le parecía una jaula y su único amigo era el aire. Lo envidiaba por su libertad para desplazarse de un lado a otro jugueteando con las nubes. Su mayor anhelo era pisar esa verde alfombra de las praderas que veía desde arriba y dejarse resbalar por las colinas que descendían hasta un profundo y misterioso manchón azul.

–Quiero conocer ese otro cielo que hay abajo –le contó al aire.

–No es cielo, mi amiga –silbó él –: es el mar.

Los deseos de la luna se acrecentaron entonces y en un ataque de mal genio gritó:

–¡Quiero bajar! ¡Quiero bajar!

Una estrella peleadora le preguntó:

–¿Para qué armas todo ese berrinche? Eres centinela de la noche y no puedes dejar tu puesto.

Al verla llorar lágrimas de plata, las nubes se conmovieron. Ellas la comprendían porque en sus viajes siempre admiraban la tierra.

–Te vamos a ayudar para que no se note tu ausencia –le dijeron–. Cada una de nosotras colgará sutiles gasas de

neblina y entre todas formaremos un telón que dejará la noche más oscura que boca de lobo.

El arco iris prestó su escala de siete colores, y la luna, con una capa negra, un vestido de tul y una corona de estrellas, descendió orgullosa como una reina. La tierra le abrió al fin sus brazos amorosos, sus lagos y sus abanicos de palmera.

La primera sensación que experimentó fue la de volar, de ser libre, hasta que sus pies tocaron unas agrestes colinas cubiertas de vegetación, entre las que corría el río Paraná. La luna se volvió niña, fascinada por las flores y los perfumes. Al mirarse en las aguas, su cara redonda le pareció demasiado pálida entre los coloreados frutos. Hubiera querido ponerse trenzas y parecer una campesina.

-¿Dónde habrá niños? -se preguntaba, sin saber que este era un lugar tropical y muy desierto.

-Ven a nadar -la invitó el río con un murmullo de cascadas.

No se hizo de rogar la luna. Se despojó de sus tules y de su corona de estrellas para sumergirse en las rumorosas aguas que se llenaron de reflejos. En el oleaje aparecía y desaparecía, como un barco redondo y blanco, y miraba el cielo, un tanto oscuro sin su presencia.

"Ahora, pensaba, que he probado los frutos y conozco el verde del pasto, los helechos y el agua; ahora que he aquietado este deseo de tierra, podré volver a mi sitio y ser para siempre una luz lejana, que alumbre los caminos del mundo y las ventanas de las casas. ¡Qué bueno fue mirar desde abajo!"

Con su falta de experiencia no sabía del peligro del jaguar, el temible animal de la selva que en las noches busca siempre una víctima para calmar su apetito. Agazapado entre los juncos, el felino vio a la luna, que le pareció una gran tortilla de maíz tal vez un tanto cruda. Cuando quiso abalanzarse a devorarla, el cuchillo de un diestro cazador terminó con su hambre y con su vida. Este hombre, con su mujer e hija, eran los únicos habitantes de la enmarañada selva. Había construido una choza en un claro y hacía tiempo que andaba en busca de liquidar al jaguar que robaba sus animales domésticos.

—No temas, criatura —le dijo a la luna, que tiritaba de susto, sin saber aún de quién era esa redonda cara pálida—. Yo te llevaré a mi choza, en donde mi esposa y mi hija te atenderán.

Generoso, el campesino le cocinó la última tortilla de maíz que le quedaba; pasarían muchos meses antes de la próxima cosecha. La luna, envuelta en una gran sábana, se sintió feliz y humana entre gente tan amable, hasta que oyó decir a la mujer de su salvador:

—¿Qué vamos a comer mañana? Se acabó el maíz.

Entonces la luna, con un poco de pena, se puso su capa, sus gasas y su corona maltrecha. Y decidió partir para volver a tomar su puesto en el firmamento y de paso agradecer su ayuda a las nubes. Nadie se había percatado de su ausencia ni de su viaje a la tierra y el arco iris se afanaba guardando su escala. La luna se preguntó: “¿Qué puedo regalarles a estos campesinos que tan amablemente me acogieron? Debe ser algo que los ayude a vivir momentos felices, a olvidarse



de la soledad y que los reponga de los duros trabajos que realizan". Entonces, muy emocionada, dejó caer sus lágrimas de plata que, iluminando la choza de luz y reflejos, regaron los campos.

Cuando al amanecer el campesino salió de la casa, arbustos desconocidos habían brotado por doquier. Entre el verde oscuro de las hojas asomaban blancas flores. La mujer, de pura hambre, preparó una infusión con esta yerba nueva y al beberla todos se sintieron mucho mejor y con ánimo. La bautizaron como yerba mate.

El arbusto cundió como maleza por todas partes y el país se hizo famoso y rico por su yerba mate. Se dice que la hija del campesino fue la depositaria de este regalo, que jamás murió y que va por todas partes sembrando este don de la luna.

PERÚ

# ACHIQUEÉ Y LA PAPA<sup>1</sup>

(INCA)

Este era un pueblo pequeño. Un poco alejada del centro vivía una viuda enferma con sus dos hijos. El trabajo y los sufrimientos llevaron pronto a la tumba a la desdichada madre. Los huerfanitos quedaron abandonados sin techo ni pan, y un día que vagaban acosados por el hambre vieron cruzar por el espacio un gorrion que llevaba en el pico la flor de la papa<sup>2</sup> –producto muy codiciado y escaso en el lugar–. Entonces pensaron que probablemente, si seguían al pájaro, llegarían al sitio donde había papas.

Emprendieron la marcha. Pero en el pueblo vivía también Achiqueé, una vieja harapienta y muy mala, quien, al saber lo que los niños buscaban, decidió matarlos y luego apoderarse de las papas. Con engaños los atrajo a su casa, mientras la niña partía leña para cocinar, tomó a su hermanito, que era un niño de corta edad, para darle muerte; como éste comenzara a llorar, regresó la chica, y al ver lo que se proponía llevar a cabo la vieja, le lanzó una piedra para distraer su atención. Enseguida cargó a su hermanito, se lo puso a la espalda cubriéndolo con la lliclla<sup>3</sup> que tenía puesta y huyó de la casa.

Al percatarse de que la arpía les seguía, la niña echó a correr. Y cuando la vieja les iba a alcanzar, llegaron junto a un gallinazo\*, y la niña le dijo: "Tie wiscur alas llequic rurincho paquecallam" (Tío gallinazo, escóndenos bajo tus alas). Éste los escondió. Llega Achiqueé y le pregunta: "¿Tie wiscur huambra llaccuna manaccu ricarckauqui?" (Tío gallinazo, ¿no has visto pasar una muchacha con un bulto a la espalda?). El gallinazo por toda respuesta le da un aletazo en el rostro, bañádoselo en sangre. Mientras tanto, la niña aprovecha este tiempo para huir. Antes de empezar a correr le dice al gallinazo: "Tendrás buena vista y nunca te faltará comida". (Es esta la razón por la cual el gallinazo tiene una mirada penetrante que descubre su presa aun desde grandes alturas).

Luego los niños siguieron corriendo. Y nuevamente les iba a alcanzar Achiqueé, cuando se encuentran con un puma. Y los niños piden al puma que los defienda de la bruja que los persigue. Éste accede. Y cuando Achiqueé preguntó a la fiera por los niños, el puma le da un zarpazo tan tremendo, que la arroja al suelo. La niña le agradece diciéndole: "Tío puma: serás el más valiente de los animales".

Luego continúan la marcha, siempre perseguidos por Achiqueé. Y son protegidos por otros animales, a los cuales en agradecimiento los dotan de cualidades que ellos poseen hasta ahora. Por último, llegan donde el añaz (zorrillo) y le piden ayuda, pero éste los rechaza; entonces la huerfanita, enojada, le dice al añaz que tendrá un olor repugnante y debido a él será atrapado fácilmente por los cazadores. Y es por eso que los zorrillos tienen ese olor tan desagradable.

Continuando su camino, los niños llegaron a una pampa, y al ver que otros muchachos subían por la cuerda, exclaman: "Taita Jerónimo, haz que suba yo también". San Jerónimo les manda una cuerda vieja y un ratoncillo para que la vaya comiendo detrás de ellos. Achiqueé comienza el ascenso, y al advertir que el ratón está royendo la cuerda por encima de ella, le dice: "Au manvaleck trompa, imaccta huscata micucurcuncki (¡Oye trompudo inútil! ¡Por qué comes mi sogá?). Pero éste sigue mordisqueándola.

Entonces Achiqueé, al ver que va a precipitarse, pide a Dios caer en la pampa, para no hacerse daño: "Pampallaman, pampallaman, pampallaman", exclama. Cuando se da cuenta de que va a estrellarse contra una roca, lanza una maldición: "¡Cuerpo ramackaquishun, tuyuccuna jahuickashunn alpacho, y yahuarni plantaccunatta cko-racundata itxaquisencka! (¡Que mi cuerpo se desparrame, que mis huesos se incrusten en la tierra y mi sangre seque las plantas y hierbas!).

En ese momento aparecieron los Andes. Y cuenta la leyenda que los cerros que lo forman son los huesos de Achiqueé, porque las rocas son caras horribles que recuerdan el repugnante gesto maldiciente de la arpía al caer. El eco que se oye cuando uno grita es la voz de Achiqueé que nos remeda. Y cuentan también que su sangre salpicó los valles de la costa y las faldas de ciertos cerros, haciéndolos desde entonces áridos, apareciendo así los interminables arenales de la costa.

En las noches de luna, las abuelitas de mi tierra –Taricá– repiten la historia. Y cuentan a los pequeños que les rodean que el sitio privilegiado al que ascendieron los niños fue Taricá, donde no se conocerá nunca el hambre, pues abundan las papas. Y dicen también que el culto a San Jerónimo se debe a que fue él quien ayudó a los primeros pobladores de esa tierra –los niños–, librándolos del hambre.

# LA PAPA, FRUTO DEL AMOR

(QUECHUA)

Muy arriba en la cordillera, un joven quechua cultivaba cotidianamente la tierra y mientras descansaba de sus labores tocaba la flauta que siempre llevaba consigo, llenando el aire de melodías suaves y dulces. Sin embargo, él no sentía pena alguna por los sentimientos amorosos propios de su juventud, así como tampoco sentía placer en tenerlos.

Le sucedió un día que cuando más absorto estaba tocando la flauta, llegó hasta él una virgen sacerdotisa del sol y comenzó a preguntarle por sus cultivos.

El labriego, al momento de verla, hincó turbado las rodillas en el suelo, maravillado de su gran hermosura. Entonces ella le pidió que no temiese y estuvieron largo tiempo conversando.

Las sacerdotisas del sol podían pasear de día por la sierra y ver sus verdes prados, pero no podían faltar de noche en el templo del sol. Ellas vivían en suntuosas moradas de aposentos ricamente labrados. Eran muchas, traídas de cada una de las cuatro provincias dependientes del Inca.

Al atardecer, la muchacha se despidió del labriego y en el camino iba recordando su figura y todo lo que habían hablado. Al llegar, luego de pasar frente a los guardias que cuidaban el templo, entró en su aposento y en él permaneció

largo rato, sin encontrar sosiego por el gran amor que había cobrado al joven quechua. Se lamentaba de no poder dar muestra alguna de lo que sentía en su pecho.

Comprendía que para sanar no había otro remedio que seguirse viendo con el que tanto quería, pero eso ya le hacía ver su muerte.

Mientras tanto el labriego, luego de llegar a su choza, recordó la gran hermosura de la virgen del sol, y estando en ese estado comenzó a entristecerse; la nueva pasión que se iba arraigando en su pecho le hacía sentir y querer gozar del amor, y con este sentimiento tomó su flauta y empezó a tocar tan tristemente, que hasta las duras piedras se enternecían.

Al amanecer, la joven virgen se vistió y cuando le pareció que era la hora de ir a pasearse por los llanos verdes de la sierra salió y caminó hacia donde había encontrado al joven labriego. En una quebrada de la sierra lo halló. Apenas la vio, él se hincó de rodillas ante ella, vertiendo algunas lágrimas. Ella lo abrazó y cobijó con su manto y estuvo con su amado largo tiempo. Pero al poco rato uno de los guardias del templo los encontró en ese escondido lugar, y al ver lo que pasaba, comenzó a dar grandes voces. Ellos huyeron hacia la sierra, pero el Inca los descubrió y condenó a los amantes que violaron las leyes sagradas a una dura sentencia: a ser enterrados vivos y juntos.

En un hoyo muy profundo fueron sepultados, atados entre sí, sin lágrimas ni quejas, mirando hacia arriba cómo la tierra los iba cubriendo.

Al llegar la noche, las estrellas parecían desorientadas en su camino de los cielos. Al poco tiempo, los ríos fueron quedando sin corriente y los campos inmensos del reino se volvieron estériles, convertidos en polvo y piedras. Solo la tierra que cubría a los jóvenes estaba a salvo de la sequía, era fértil y próspera.

Para alejar la maldición, los sacerdotes y adivinos aconsejaron al Inca que desenterrara a los amantes, que los quemara y desparramara sus cenizas por los cuatro confines del imperio.

Comenzaron a remover la tierra, pero no los encontraron. Se les ordenó cavar más profundamente, pero solo hallaron un poderoso tallo subterráneo, mucho más grueso en una de sus partes: era la papa. Sus raíces fueron plantadas por todas las tierras del imperio, convirtiéndose en el principal alimento de los andinos, el que los salvó del hambre y la pobreza. De esta manera, los amantes condenados viven hasta hoy, inseparables, en un mismo fruto de la tierra, nutriendo a su pueblo.

# CÓMO NACIERON LAS ROSAS ROJAS

(INCA)

**A**ntes todas las rosas eran blancas, dice una tradición incásica. He aquí cómo nació el primer rosal de rosas rojas.

Regía el imperio Sinchi Rocca, sexto Inca de la dinastía. El Imperio del Sol había adquirido ya la singular potencia y el esplendor que le habían dado las victorias y conquistas de sus predecesores, y las de él mismo.

Después de Manco Cápac, el fundador de la estirpe, Rocca —el varón fuerte— había extendido sus conquistas hacia el levante; Lloque Yupanqui —el zurdo— se había atrevido a cruzar los Andes y guerrear contra las tribus nómadas; Mayta-Cápac —el rico y poderoso— había llegado hasta el desagadero del lago Titicaca; Cápac-Yupanqui —el contador eximio— había buscado conquistas menos sangrientas, enriqueciéndose con la explotación de minas; su hijo Sinchi Rocca —el prudente—, obedeciendo a su tradición conquistadora, había logrado derrotar a pueblos bárbaros, como los chancas, y feroces, como los hancohuallus, que sacrificaban criaturas; y hubiera seguido en su carrera de luchas, si un hecho que no narran los cronistas no lo hubiera alterado a tal punto, que hizo de este Inca combativo un gobernante sabio.

Su hija, por él la más amada, la fiusta\* Coyllur —estrella—, a quien pusieron tal nombre por hermosa, cayó

gravemente enferma. En vano los más renombrados médicos y astrólogos intentaron curarla; sus hierbas y conjuros nada podían. En vano los expertos trataban de recordar un mal semejante y el modo de extirparlo. En vano los haravecs\* más ilustres, mediante regocijadas representaciones y recitados, intentaban divertirla. Pero la infeliz fiusta languidecía cada vez más, llevando la desesperación y la pena a todos.

Fue entonces cuando un amauta\* muy viejo, Lliquisiqui -haraposo-, quien ya hacía treinta años que vivía en el desierto, consultado de parte del Inca, pronosticó:

-La fiusta se curará si aspira el perfume de una rosa roja.

¿Una rosa roja? ¿Dónde hallarla? En el Imperio de los Incas nadie había visto nunca una rosa roja. Todas las rosas eran blancas.

Los más veloces chasquis\* salieron en busca de una rosa roja hacia los cuatro puntos cardinales, desde el mar a la montaña, desde la selva hasta el desierto. Los más remotos confines fueron escudriñados. Un chasqui llegó por el norte hasta el Imperio Azteca; otro, por el sur, hasta el fin del continente. Todo fue en vano: no se hallaba una rosa roja.

Desesperado, el Inca ofreció los tesoros más ricos al que trajera la tan codiciada flor.

Un joven príncipe, Yahuar Huacac, quiso hallar por sí mismo la rosa roja que salvaría a Coyllur, su prometida, en la que debía perpetuar su estirpe el Hijo del Sol. Para ello emprendió una campaña contra los pueblos más apartados. Yahuar Huacac sojuzgó pueblos; las más dilatadas provin-

cias, Llipi, Chicha, Ambato, fueron anexadas al Imperio; pero no pudo hallarse una rosa roja.

La hermosa ñusta no tenía salvación. Moriría inevitablemente. Ya tan palidísima y delgada estaba, tan leve era su voz, que parecía agonizar, no vivir.

Y he aquí que una noche, una anciana, de parte de su hijo, el curaca\* Guanamunay –amante–, se presentó al palacio con una rosa roja.

La princesa aspiró su perfume y mágica instantáneamente se sintió revivir. Le volvieron a las mejillas los colores de la vida y a los ojos la luz del ansia de vivir.

La agilidad volvió a correr en ondas por su cuerpo, que se erguía como un verde arbusto, rebosante de juventud. La ñusta se había salvado.

En su felicidad, el Inca le dijo a la anciana:

–Dile a tu hijo que venga. Tendrá tesoros incalculables; tendrá ejércitos y provincias. ¡Será poderoso!

Pero la anciana madre rompió a llorar:

–¡Mi hijo ya no necesita nada! Ha muerto.

Fue entonces cuando se supo cómo había conseguido aquella única rosa roja. El curaca Guanamunay, en pacto con Zupay, se había desangrado y con su propia sangre teñido aquella rosa que antes fue blanca y ahora era de un rojo indeleble. Había muerto por salvar a la ñusta, de quien se había enamorado y de la que nunca pudo obtener don alguno, ya que era la prometida de un príncipe. Y el enamorado curaca, al sacrificarse, había enviado un mensaje digno de su raza fatalista y de su pasión melancólica: “Muero gozoso”.



Sinchi Rocca ordenó que se le hicieran suntuosos honores fúnebres. Y sobre su tumba la misma princesa plantó un rosal de rosas blancas.

Y he aquí el milagro de la leyenda: aquel rosal dio rosas rojas, y desde entonces se conocieron y perpetuaron las rosas rojas en el Imperio del Sol.

A raíz de este suceso portentoso, Sinchi Rocca cambió su modo de ser: frecuentó el trato de amautas y haravecs; abandonó las conquistas guerreras portadoras de la muerte; impidió los sacrificios humanos que se practicaban en algunos pueblos y se dedicó a la astrología. Se cuenta que él fue el inventor de los quipus\* y el más reputado y hábil de los quipucamayus\*.

# CUANDO PACHACAMAC CREÓ LOS ALIMENTOS

(QUECHUA)

**E**n el principio del mundo no había comida ni para el hombre ni para la mujer que el dios Pachacamac había creado. El varón murió de hambre y quedó la mujer sola.

En medio de su pena, ella salió un día al campo a buscar raíces de yerbas con qué poder sustentarse. Cuando estaba en esto, alzó los ojos al sol y entre abundantes lágrimas y lastimeros suspiros, le dijo:

—Amado Creador de todas las cosas, ¿para qué me sacaste a la luz del mundo si iba a ser para matarme de pobreza y consumirme de hambre? ¡Oh, yo vivo sola en el mundo, sin sucesión de hijos, pobre y afligida! ¿Por qué, oh sol, si nos creaste, nos consumes? ¿Y cómo, si eres el que repartes luces, te muestras tan miserable negándome el sustento? No pareces ser piadoso, pues no te compadeces de los afligidos y no socorres a los que creaste. Permite, entonces, que el cielo me mate con un rayo o la tierra me trague y acabe tan trabajosa vida, o en cambio socórreme benigno...

Oyendo sus penurias y condolido de sus lágrimas, el sol le dijo palabras amorosas: que depusiera el miedo y que esperase descansos, porque ya no existirían las causas de sus penas y congojas. Le mandó que continuase sacando raíces.

Cuando ella estaba ocupada en esto, el sol le infundió sus rayos y la mujer concibió un hijo que parió a los cuatro días con gran gozo, segura de que con esto se alejarían sus desventuras y se amontonarían los alimentos.

Pero el dios Pachacamac, indignado de que al sol se le diese la adoración debida a él y naciera aquel hijo, cogió al recién nacido semidiós. Sin atender a las defensas y gritos de la madre, que pedía socorros al padre-sol, el dios Pachacamac lo mató, despedazándolo en pequeñas partes.

Pero para que nadie se quejara nuevamente de hambre y con el objeto de que a él se le diese suprema adoración, Pachacamac sembró los dientes del difunto y nació un producto parecido a aquellos dientes: el maíz. Luego sembró las costillas y los huesos, de donde nacieron las yucas, raíces redondas que se parecen, en lo largo y blanco, a los huesos. De la carne procedieron los pepinos, pacayes y el resto de los frutos y árboles.

Desde entonces, los hombres y mujeres no conocieron el hambre ni lloraron de necesidad, debiéndole al dios Pachacamac el sustento, la abundancia y la fertilidad de la tierra.

URUGUAY

## • EL CEIBO DE LA PAZ

**E**n épocas lejanas, las cruentas guerras de las tribus aborígenes obligaron a los guerreros a ser crueles, rudos y fuertes, porque de la victoria de sus combates derivaba la posesión de las mejores y más bellas tierras.

Los sitios donde la caza abundaba, los bosques espesos que servían de refugio, las playas de los ríos en las cuales las canoas podían ponerse a cubierto de tempestades y sorpresas, o los saltos de agua adonde afluían los peces, eran codiciados y disputados, pues de ellos dependía la vida de las tribus.

Había entonces muchas razones para que un cacique valiente y despiadado como Ibbotig fuera objeto de admiración y de respeto; para que sus hazañas fueran cantadas por los poetas de su tiempo, y para que sus iras se temiesen en muchas leguas a la redonda. Ello explicaba su fama, que provenía de su coraje y de su temeridad en el combate, así como de su inhumanidad para tratar a los enemigos.

Su lanza de uranday\* era la más pesada y las más temida; sus arrojadizas bolas de piedra mora, las más grandes y las más certeras; sus flechas de puntas agudas y duras, envenenadas de curare\*, y sus potentes macanas\* las más famosas de todas.

Pero llegó el momento en que ya no fueron necesarias las guerras, y el dios Tupá mandó a sus emisarios para que

estas cesaran. Pero Ibbotig ya había hecho una costumbre del combate, una segunda naturaleza de la guerra, y contestó a Tupá que su oficio era batallar y que no cejaría en su actitud y su decisión.

Insistió Tupá en convencerlo, hablándole del amor y de la ternura, de la paz amable que hermana a los humanos, de la virtud del trabajo fecundo, con los cuales no se causaba mal ni se provocaba la muerte y se conseguían, además, grandes y duraderos beneficios.

Se burló el cacique temerario, aduciendo que todo era guerra en el universo. Llevó su soberbia y su petulancia al extremo de responder a los emisarios de que Tupá debía ser una persona floja y cobarde, que temía el varonil y peligroso juego del combate.

En vez de irritarse y castigarlo, el dios insistió dulcemente en tratar de convencerlo. Ante ello, Ibbotig tuvo la audacia de desafiarlo a la lucha.

Tupá aceptó el duelo y dijo que, para darle un escarmiento al agresivo cacique, iba a derrotarlo con soldados pequeñitos y armas insignificantes, lo dominaría en su violencia y lo heriría en su orgullo y en su carne, que él creía dura como piedra.

El día del combate, el cacique, más fuerte y más erguido que nunca, ostentaba al frente de su poderoso ejército sus innumerables armas; lucía su valentía y su decisión inquebrantable y se imponía con su gran altura sólida, que parecía aún mayor con su cabellera abundante, adornada con plumas de colores.

Sus hombres avanzaron, profiriendo gritos aterradores, en procura de los enemigos invisibles, que solo aguardaban la orden divina para iniciar la ofensiva. Estaban los soldados de Tupá escondidos en el bosque. Cuando la gente de Ibbotig lo supo, arrojó sobre ellos una lluvia de flechas y de piedras y se lanzó al asalto.

El ejército contrario lo recibió con un contraataque: zumbaban sus alas y repiqueteaban en la tierra –como palillos diminutos– sus innumerables patitas, pues los soldados del dios eran mosquitos, tábanos, hormigas, mangangas\*, avispas, vinchucas y machines, que aguijoneaban sin piedad el cuerpo de los guerreros.

Ibbotig demostró en seguida tener la carne muy blanda, tanto como la de sus hombres, pues inmediatamente empezó a colorearse con la sangre de sus heridas. Viendo que no había forma de vencer a tales enemigos y ni siquiera de defenderse de ellos, la gente de Ibbotig arrojó las armas y resolvió huir. En ese momento, Tupá tomó una decisión:

–Ahí se quedarán plantados esos guerreros, convirtiéndose en árboles.

Ibbotig, el ceibo\*, se ablandó hasta pedir perdón al dios, y Tupá, satisfecho de su lección y su castigo, fue tolerante, atenuándole la penitencia:

–Tu sólida carne se transformará en una madera dulce y blanda, y para que no olvides tus fechorías y tus antiguas crueldades, y recuerdes cómo te pudimos herir con las armas defensivas de los enemigos más pequeños e insignificantes, se te verán siempre, en todas las primaveras, las rojas heridas.

Así nació el noble ceibo, que en cada temporada se cubre de rojas y bellas flores que recuerdan también, diseminadas entre su verde follaje, a las plumas de los churrinches, de los federales y de los petirrojos, con los cuales el bizarro cacique se adornaba la crencha ennegrecida en los días de combate.

VENEZUELA

## LA GIERVA Y EL DÍCTAMO

**E**n los tiempos en que los timotes habitaron la cordillera de los Andes, existió una hermosa princesa que gobernaba a las tribus para gran alegría de las gentes, pues sabía conducir a sus guerreros a la victoria y tenía, además, un carácter tan extraordinario, que todos la reconocían como Hija del Sol.

En cierta ocasión, la princesa cayó enferma con un extraño mal que la iba consumiendo poco a poco. Recluida en su bohío\*, dejó de interesarse por los asuntos de su pueblo. Hasta descuidó adornarse con sus preciosos collares de hueso y de conchas y dejó de prender sobre su fina manta de algodón el alfiler de oro de Aricagua, con el que se la sujetaba siempre.

Como ni las hierbas ni los ensalmos lograban curarla, se ofrendaron al dios Ches ovillos de hilo, cuernos de venado y mantas de algodón. Y en los caneyes\*, sobre los sagrados braseros de barro cocido, se quemó manteca de cacao\* ante los ídolos de arcilla.

Acudieron también los piaches\* a los mintoyes o cuevas sagradas de la montaña, así como al borde de las lagunas más apartadas para conjurar al buen espíritu. Por último, todas las tribus decidieron celebrar danzas rituales para aplacar la cólera de Ches; la gente se pintó el cuerpo con rojo de

achiote\* y luego comenzó a bailar al son de las chirimías\* y de los fotutos\*, llevando en una mano la maraca y en la otra un látigo, con el que se azotaban.

Pero ni siquiera con esto se consiguió que la Hija del Sol mejorase. Una tarde ya se escuchaba cerca de su bohío el canto de la paloma, anunciador de la muerte, cuando la enferma llamó a su lado a una de las muchachas que la cuidaban y le dijo:

–No quiero morir todavía. ¿Sabes si Ches ha respondido favorablemente a los conjuros de los piaches?

–No sé nada –contestó Mistajá, que así se llamaba la muchacha–. Los mohanes\* guardan silencio sobre tu enfermedad.

Entonces la princesa sacó de debajo de su manta una pequeña águila de oro macizo y, enseñándosela a Mistajá, le explicó:

–Este es el signo del favor que Ches concedió a mi casta. Mi padre me lo entregó, advirtiéndome que no lo perdiese, pues con él desaparecería el poder de mi familia. He pensado ofrecérselo al espíritu para intentar salvar mi vida, y como la enfermedad no me deja moverme, quiero que tú misma subas al páramo de los sacrificios para ofrendárselo a Ches.

Al oír esto, Mistajá se llenó de miedo, porque solamente los piaches o mohanes podían llegar hasta las cumbres elevadas y a los lagos solitarios desde donde el espíritu enviaba sus mensajes. Cualquier otra persona que no fueran ellos estaba expuesta a perderse entre la niebla con que Ches los castigaba.

A pesar de ello, y no atreviéndose a contrariar el deseo de la Hija del Sol, la muchacha le respondió:

–Iré donde quieras. ¿Qué tengo que hacer?

–Saldrás del poblado –dijo la princesa– con el tiempo suficiente para que los primeros rayos de Zuhé te encuentren ya en el círculo de rocas que hay en el páramo. En el centro del círculo cavarás un hoyo y, después de lanzar tres gritos con la mayor fuerza que te sea posible para invocar a Ches, entierras el águila de oro y extiendes por el lugar un puñado de mis cabellos. Fíjate bien si aparece luego alguna señal favorable en el cielo o en la tierra.

Mistajá no durmió aquella noche, espantada por lo que tenía que hacer. Antes de marcharse, la Hija del Sol le dio su arco, sus flechas, el águila de oro y un abundante mechón de su pelo.

La muchacha empezó a caminar rápidamente hacia el páramo de los sacrificios, bordeando caminos, cruzando arroyos y sin volver hacia atrás una sola vez la cabeza, por temor a que la venganza del espíritu fuese ya alcanzándola. Como no conocía el camino, tuvo que guiarse por la sombra del cerro, que se destacaba entre la oscuridad.

Por fin Mistajá llegó al páramo solitario; pero cuando levantó la cabeza para mirar el lugar donde se hallaba, se detuvo llena de terror y se dejó caer al suelo al ver ante ella una larga fila de gentes cubiertas de mantas blancas, que rígidas e inmóviles formaban una extraña barrera que le impedía seguir avanzando.

“Estos deben ser los espíritus de mis antepasados, irritados por mi atrevimiento de llegar hasta aquí”, pensó la muchacha.

Y se quedó quieta, sin atreverse a nada, hasta que las primeras luces del amanecer iluminaron al grupo que Mistajá había visto como figuras humanas y que no eran sino piedras blancas, clavadas de punta contra el suelo en forma de círculo, como se lo había advertido la princesa.

El cerco de piedras parecía totalmente cerrado e imposible de atravesar, pero Mistajá dio varias vueltas y finalmente descubrió que por el lado que miraba hacia oriente faltaba una piedra, y por allí pudo llegar hasta el mismo centro del templo de Ches.

Con una de las flechas que le había entregado la Hija del Sol abrió un agujero profundo en la tierra humedecida, y después de lanzar tres gritos —con voces que retumbaron como truenos por los cerros cercanos—, enterró el águila de oro y desparramó por todo el círculo los cabellos de la princesa.

Allá abajo, en los límites lejanos de la llanura, comenzaba a asomar el resplandor de Zuhé, y Mistajá intentó descubrir alguna señal en el aire o en la tierra, pero se sintió invadida por un sueño profundísimo que la hizo caer al suelo y así estuvo largo rato, hasta que al fin la despertó el ruido de una cierva que pasaba a su lado.

Al abrir los ojos, Mistajá se llenó de admiración al ver en el suelo, en lugar de los cabellos que había esparcido, una gran cantidad de hierba fresca recién brotada, que la cierva se estaba comiendo.

–“Esta es, sin duda, la señal de Ches y lo que curará a la Hija del Sol”, pensó la muchacha.

Y cogiendo un gran puñado de hierba descendió alegremente la montaña y llegó corriendo hasta el bohío de la princesa, a la que entregó la planta prodigiosa. •

Desde aquel momento, la Hija del Sol quedó curada de su enfermedad y desde entonces existe el dictamo\* –o hierba de cierva–, que nació de sus cabellos en los altos páramos de los Andes. Pero si algún día alguien encontrase el águila de oro ofrecida a Ches y la desenterrara, el dictamo no volvería a crecer más sobre las cumbres de la montaña.

# GLOSARIO

**Achiote** (*Bixa orellana*). Árbol americano de hojas alternas, simples y anchas, de flores rojas olorosas. Del fruto cocido se hace una bebida refrigerante y medicinal; se emplea también en guisos. De sus semillas se obtiene una pasta tintórea de color rojo que los indígenas americanos usaban para pintarse.

**Acutipuru**. Mamífero roedor de Sudamérica, especie de conejillo de Indias, con el cuerpo alargado y pelaje pardo amarillento; mide entre 40 y 60 cm de longitud.

**Algarroba** (*Vicia monantha* o *Vicia sativa*). Planta leguminosa, de tallos inclinados, cuya semilla, seca, se da de comer a las palomas, a los bueyes y caballerías.

**Aloja**. Bebida compuesta de agua, miel y el fruto de la algarroba.

**Amauta**. Sabio consejero del Inca.

**Añañuca** (*Hippeastrum* sp). También se le llama "flor de sangre". Crece en el desértico Norte chileno, entre Copiapó y el valle de Quilimari.

**Añaz**. Zorrillo.

**Araratucupi**. Planta de la familia del amaranto con flores en espiga densa y fruto de muchas semillas negras y relucientes. El fruto tiene el mismo nombre.

**Atole**. Bebida que se hace —tanto en México como en otras partes de América— con maíz cocido, molido, desleído en

agua, quitadas las partes gruesas en un cedazo y hervido hasta darle alguna consistencia.

**Barriguitas.** Vientre, cavidad abdominal de los vertebrados que contiene diversos órganos. Guatitas.

**Berimbau.** Pequeño instrumento musical de metal que tiene una cuerda de acero y que se toca afirmándolo con los dientes y tirando su cuerda con el dedo índice.

**Bledo.** Planta quenopodiácea, comestible, rastrera, que en algunos sitios se come cocida. Especie de acelga.

**Bohío.** Cabaña hecha de madera y ramas, cañas o paja sin más abertura que la puerta.

**Cacao** (*Theobroma cacao*). Arbolillo esterculiáceo originario de América Central, de grandes hojas persistentes, flores encarnadas y fruto en baya con muchas semillas. Estas últimas se usan como principal ingrediente del chocolate.

**Calafate** (*Berberis darwinii*). Arbusto espinoso de hasta 2,50 metros de altura, originario del sur de Chile y de Argentina. Produce un fruto azulado, carnosos y comestible. Sinónimo: michay (*Berberis buccifolia*).

**Caneyes.** Bohíos de techo cónico.

**Camote** (*Ipomoea batatas*). Planta originaria de los trópicos de América Central y Sudamérica, cultivada por su raíz tuberosa de sabor dulce. Su nombre viene del náhuatl, camohtli.

**Capibara.** Mamífero roedor de extremidades cortas y vida acuática; es el más grande roedor conocido, se alimenta de hierbas y peces y puede ser domesticado.

**Carubú.** Guiso de hierbas.

**Ceibo** (*Erythrina cristegalli*). Árbol de adorno y medicinal, originario de América del Sur, notable por sus flores de color rojo vivo y semejantes a una cresta de gallo.

**Chamán.** Hombre o mujer cuya función es sanar a los enfermos, adivinar el porvenir, invocar a los espíritus.

**Chasqui.** Mensajeros incas que recorrían grandes distancias a pie.

**Chía** (*Salvia columbaria*). Semilla de una especie de salvia con la que se hace un refresco con azúcar y jugo de limón.

**Chicha.** Bebida alcohólica que resulta de la fermentación del maíz en agua azucarada o de la fermentación del jugo de uva o de manzana.

**Chilaquiles.** Comida mexicana elaborada con trozos de tortilla de maíz frita, bañados en salsa de chile (ají) verde o rojo.

**Chirimía.** Instrumento musical de viento parecido al clarinete, con diez agujeros y boquilla con lengüeta de caña.

**Copihue** (*Lapageria rosea*). Enredadera muy común en el sur de Chile, de hermosas flores rojas, a veces blancas, y una baya de 1 a 1,5 cm de longitud.

**Cuñá i payeva.** Bruja, hechicera.

**Curaca.** Cacique, autoridad indígena.

**Curare.** (*Strychnos toxicaria*). Veneno muy activo que los indios de la América meridional extraen del árbol loganiáceo del mismo nombre, y con el cual emponzoñaban sus armas. También se puede usar como medicina.

**Dictamo** (*Dictamnus albus*). Planta rutácea que da un aceite aromático que se emplea en medicina y en perfumería. La corteza de su raíz, hecha polvo, se la utiliza en medicina como estimulante, tónico y sudorífico.

**Fotuto**. Especie de flauta india.

**Frijol** (*Phaseolus vulgaris*). Planta leguminosa que da frutos alargados y semillas de forma arrionada de distintos colores, según la variedad. Se come el fruto verde antes de granar, y las semillas una vez secas.

**Gallinazo** (*Cathartes aura*). Ave rapaz accipitriforme de América, de unos 80 cm de longitud, con la cabeza desnuda en la parte anterior y los tarsos cortos. Se alimenta de carne muerta y despide mal olor.

**Haravec**. Poeta en el imperio Inca.

**Hua-Huan** (*Laurelia Serrata*). Árbol conocido comúnmente como Tapa o Laurel. Crece desde el río Bio-Bio hasta el sur de Aysén. Chile.

**Irupé** (*Victoria regia*). Planta ninféacea gigantesca, célebre por sus hermosas flores blancas con el centro rojo (hasta 40 cm de diámetro). Sus hojas forman discos de hasta dos metros de diámetro.

**Isapí**. Árbol tropical, cuyas hojas desprenden un abundante rocío.

**Lliclla**. Manta indígena de colores vistosos y distintos al de la falda con que las mujeres se cubren los hombros y la espalda y llevan a sus bebés.

**Macana.** Arma usada por los indígenas americanos hecha de piedra o de madera.

**Magüey.** Planta de la familia amaryllidaceae de muchas y abundantes variedades. Tiene hojas de roseta, gruesas y carnosas, dispuestas sobre un tallo corto, cuya piña inferior no sobresale de la tierra.

**Maíz (*Zea mays*).** Planta originaria de América, de granos gruesos y amarillos muy nutritivos, que brotan en un tronco esponjoso central, formando una mazorca. Los indígenas de la isla de Haití lo llamaban mahís; los quechuas, zara; los aymaras, tonco; los guaraníes, abatí.

**Mandioca (*Manihot utilissima*).** Arbusto euforbiáceo de América de 2 ó 3 metros de altura, de cuya raíz se extrae almidón, harina y tapioca. Harina que en forma de granitos se emplea para sopa. Sinónimo: yuca.

**Manganga.** Abejón muy zumbador, cuya picadura produce hinchazón, dolor y fiebre; hace sus panales en tierra.

**Mburuvichá.** Jefe, autoridad.

**Michay (*Berberis buxifolia*).** Arbusto espinoso de hasta 2.5 m de altura, originario del sur de Chile y de Argentina. Produce un fruto azulado, carnoso y comestible. Sinónimo: calafate.

**Milpa.** Parcela de tierra destinada principalmente al cultivo del maíz, frijol y calabaza. Este sistema de cultivo dentro de la selva fue la base de la civilización maya.

Primero derribaban árboles, cortaban arbustos y prendían fuego a la vegetación muerta, para eliminarla y fertilizar el

terreno con las cenizas. Luego, la parcela se sembraba, se cultivaba durante algunos años y, al disminuir su rendimiento, se dejaba de cultivar para permitir el proceso de regeneración de la tierra, y se repetía la operación de un nuevo sembrado en otro lugar.

**Mohanes.** Nombre dado por las personas de lengua taíno a sus sacerdotes.

**Murici** (*Byrsonima crassifolia*). Fruta arbustiva, encontrada en toda la región amazónica. Sus frutos son amarillos, con fuerte aroma, y un poco más pequeños que una aceituna.

**Nenúfar** (*Nymphaea alba*). Planta ninfeácea acuática, de hojas redondas que flotan en la superficie del agua. Tiene flores blancas, grandes y solitarias.

**Nopal.** Planta cactácea de tallos carnosos en forma de palas y que da frutos comestibles.

**Ñusta.** Princesa incaica.

**Ombú** (*Phytolacca dioica*). Árbol fitolacáceo de América del Sur que crece aislado en medio de la pampa. Su corteza es gruesa y blanda, su interior esponjosa y no puede ser utilizado en carpintería; tampoco se puede usar para calefacción, porque no arde. Su abundante follaje sirve de abrigo contra la lluvia y el viento.

**Papa** (*Solanum tuberosum*). Planta solanácea, oriunda de América, hoy cultivada en casi todo el mundo, de tallo ramoso, de hojas partidas, flores blancas y moradas, fruto en baya y rizomas que llevan en sus extremos gruesos tubérculos redondeados, carnosos, muy feculentos, pardos por

fuera, amarillentos y rojizos por dentro. Estos constituyen un alimento muy nutritivo.

**Pehuén** (*Araucaria araucana*). Árbol conífero araucariáceo, de gran talla.

**Pequi.** Árbol de América tropical de gran altura, de la familia de los cariocariáceos, que son generalmente leñosos, con flores en racimos colgantes y frutos carnosos. El fruto del árbol también se llama pequi.

**Plache.** Intermediario entre el espíritu de la enfermedad y el espíritu del muerto.

**Preguiza-Real.** Mamífero desdentado de la América Meridional, arborícola, de movimientos lentos y pesados, cabeza redonda, cola rudimentaria, pelaje largo, áspero y pardo, y patas armadas de uñas largas y encorvadas. Anda muy lentamente y se deja caer de los árboles arrollado como una pelota.

**Quatipurú.** Mamífero roedor de la misma familia de la ardilla.

**Quetzal** (*Pharomachrus mocino*). El ave sagrada de los mayas y aztecas; su color dominante es el verde esmeralda, con reflejos desde verde dorado hasta azul morado.

**Quipa.** Serie de cuerdas anudadas y con distintos colores que, según la disposición de unos y otros, tenían distintos significados. Era el lenguaje escrito que poseían los incas. Los que descifraban quipus se llamaban quipucamayus.

**Samaumelra** (*Cribo pensadna*). Árbol de América tropical de tronco voluminoso de color ceniciento; produce vainas o chauchas de 30 cm de largo llenas de semillas envueltas

de una especie de algodón sedoso que se usa como relleno. Con su madera se fabrica celulosa y se cortan piezas que se utilizan como adoquines.

**Tero** (*Belenopterus chilensis*). Ave zancuda de América del Sur que vuela en bandadas y alborota mucho con sus chillidos estridentes al levantar el vuelo. Su nombre es imitativo de su canto.

**Tucuma**. Nombre común de varias palmeras de la selva amazónica.

**Umarí** (*Paraqueiba sericea*). Árbol de hasta 40 metros de altura originario de la Amazonia. El fruto de color amarillo, negro, rojo o verdoso de textura grasa, se usa para untar el pan.

**Urunday** (*Astronium Balansae*). Árbol terebintáceo, cuya madera, de color rojo oscuro, se emplea en la construcción de barcos y muebles.

**Urucú** (*Bixa orellana*). Árbol americano de hojas alternas, simples y anchas, de flores rojas fragantes. Del fruto cocido se hace una bebida refrigerante y medicinal; se emplea también en guisos. De sus semillas se obtiene una pasta tintórea de color rojo, que los indígenas americanos usaban para pintarse. Sinónimo: achiote

**Yerba mate** (*Ilex paraguayensis*). Arbusto aquifoliáceo propio de la América meridional, con cuyas hojas secas se hace la infusión llamada mate.

**Yuca**. Arbusto euforbiáceo de América de dos o tres metros de altura, de cuya raíz se extrae almidón, harina y tapioca. Su harina, en forma de granitos, se emplea para sopa. Sinónimo: mandioca.



**Dorys Zeballos** es profesora de Literatura Uruguaya y tiene un Diploma Especial en Literatura obtenido en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Es, también, Mediador Gestáltico con un post-título en la Escuela de Psicoterapia Gestalt Anchimalén, de Santiago de Chile, y diplomada en Bioética Clínica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

En el presente libro, Dorys Zeballos ha recopilado más de treinta leyendas americanas de la tierra. Las flores, hortalizas, arbustos, árboles y frutos, es decir, los productos de la tierra, son sus principales personajes. En torno a ellos, los aztecas, mapuches, quechuas, incas, ticunas y chibchas, entre otros, tejieron múltiples relatos, que nos llegan de un pasado remoto. Gran parte de las presentes leyendas no están en libros similares, por lo que resultan de una sorprendente lozanía y nos hablan de la memoria más antigua de nuestro continente.

Además de esta obra, Dorys Zeballos ha publicado una exitosa *Antología de poesía infantil*.